ALBERTO INSÚA Y ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ

CABECITA LOCA

Comedia en tres actos

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1915

CABECITA LOCA

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45 — BARCELONA

CABECITA LOCA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

Alberto Insúa y Alfonso Hernández Catá

Estrenada en el teatro Español, de Madrid, la noche del 15 de Abril de 1914, en el beneficio de Nieves Suárez



BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

15, Barbará, 15

1915

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LAURA	Nieves Suárez.
MARGARITA	María Palou.
CLARA (1)	Anita Martos.
EMMA	Julia Pacello.
AMELIA	Carmen Muñoz.
LA DIRECTORA	Amalia Sánchez de Ariño.
MATILDE	María Tamames.
SOFÍA	Encarnación Díaz.
EVA	Ramona Nieto.
JULIA	Elisa Ruiz.
LA SEÑORITA JUANA	Pilar Castejón.
LA SEÑORA MARTÍN	María Millanes.
MAGDALENA	Niña Meléndez.
LUISA	Niña Gil.
EDUARDO	Luis Martínez Tovar.
PEDRO	José Capilla.
EL SEÑOR VIEL	Federico Gonzálvez.
FERNANDO	Antonio Suárez.
ANDRÉS	Emilio Santiago.
LEONARDO	Teófilo Palou.

Criadas, alumnos y alumnas, etc.

La acción en Ginebra. Epoca actual.

Las indicaciones del lado del actor.

---

(1) La señorita Martos dió a este papel acento extranjero, obteniendo un justísimo éxito personal y realzando el efecto de la comedia. Las actrices que lo interpreten pueden seguir la feliz iniciativa de la señorita Martos.



ACTO PRIMERO

En la pensión "pour jeunes filles" de la señorita Blanchet. Un "hall", separado del jardín por una gran puerta vidriera, al fondo. Puerta pequeña a la derecha y escalera a la izquierda, en primer término, que comunica con las habitaciones interiores. Es por la tarde; hay sol en el jardín y cantan las niñas. La clase de costura ha concluído y una criada recoge en el "hall" las almohadillas, bastidores y costureros que las alumnas dejaron dispersos. Otra criada concluye de poner la mesa, donde tomarán el te ocho personas. LAURA muestra sigilosamente a EMMA, en primer término, un papel que guarda después en el bolsillo de su blusa; y mientras ellas hablan, las criadas, a medida que concluyen sus tareas, salen.

LAURA Qué versos más bonitos, ¿eh?... Convidan a soñar... Como que son de Musset, hija, nada menos.

EMMA Lo que yo me pregunto es quién te los habrá dado; porque lo que es aquí...

LAURA Mucho tendrían que vigilar para que a mí me faltaran versos; es lo mismo que si la directora se empeñara en vigilarme para que no respirara... Me los ha copiado un alumno del señor Viel... Fernando.

EMMA Y te los dió en el último baile.

LAURA Sí. ¡Mira que llamar bailes a unas reuniones tan sosas... y con unos muchachos tan insubstanciales!...

EMMA Pues, ¿qué querías?

LAURA ¿Por qué no bailó Eduardo, el marido de Margarita?

EMMA Eso no se ha visto nunca. Si Eduardo fuera alumno del señor Viel...

LAURA Ya; para nosotras no hay más hombres que los alumnos de ese señor tan ridículo. ¡Me crispa los nervios tanta hipocresia! ¿No dicen que como a hija de millonarios nos dan una educación especial, un poco mundana? Pues que nos lleven a bailes de verdad y al Kursaal a ver las bailarinas; para acostumbrarnos.

EMMA Eres atroz de exagerada... Calla, que ahí viene Pedro, el jardinero.

LAURA Pedro es de los míos. ¡Qué bueno es el pobre! Está tan viejo que ya parece un niño. Es lo que más quiero de la pensión.

EMMA ¿Más que a mí?

LAURA He dicho de hombres.

EMMA ¡Pero si es el único!

LAURA (Sin oirla; yendo hacia la puerta del fondo por donde entra Pedro.) Aquí lo tenemos... Pedro, pase usted.

PEDRO Buenas tardes, señoritas. Son las flores.

LAURA Son pocas flores, señor Pedro.

EMMA Yo creo que serán suficientes; unas poquitas hacen mejor.

LAURA Hija, tú eres la discreción y la media tinta en persona. ¿Estamos en mayo? Pues flores, muchas flores... Y lo dicho, señor Pedro, estas son pocas. No sea usted avaro.

PEDRO No es culpa mía, señorita Emma; la directora me dijo...

LAURA Yo soy la señorita Laura. Ahora resulta que no me conoce.

PEDRO Como ya veo tan poco y como todas ustedes me parecen iguales de hermosas... y perdonen las señoritas...

LAURA ¡Y qué hemos de perdonar!... ¡Si usted

que es el único hombre de la casa no nos celebra !...

EMMA ¡ Laura, hija !

LAURA Sí, es la verdad... (A Pedro.) Pero oiga usted, señor jardinero ; a las mujeres, en caso de que no se distinga de colores,— pues sepa usted que yo soy morena y que Emma es rubia como el oro,—se las conoce, se las siente por la voz...

EMMA ¡ Qué exigente eres ! ¡ Qué ha de sentirnos Pedro !

PEDRO Yo lo que hago es tomarlas a todas por alondras y ruiseñores... ¡ Cuánto agradezco a la señora directora que me haya empleado aquí !

LAURA ¿ Está usted muy contento en la pensión ?

PEDRO No pude soñar mejor empleo para mi vejez. (Emma y Laura han comenzado a ordenar las flores sobre la mesa.)

LAURA ¿ Cuántos años tiene usted, Pedro?... No vaya a quitarse edad, como hacen algunas... y yo misma.

PEDRO (Sonriente.) Ochenta, señorita... A esa edad ya no vale la pena de quitarse años ; siempre quedarían muchos.

LAURA ¡ Ochenta ! Pues representa usted todo lo más sesenta... ¡ Es usted un muchacho !

EMMA ¿ Y no sufre usted del reuma? ¿ No se acatarra usted en el jardín?

PEDRO Cuando se ha sido guía en los Alpes durante cincuenta años y se ha estado a punto muchas veces de morir en la nieve, la frescura y la humedad del jardín son como caricias.

LAURA ¡ Cincuenta años de guía en los Alpes ! ¡ Hay que ver ! ¡ Cuántos espectáculos bellos y cuántas tragedias habrán visto esos ojos que ahora no distinguen una rubia de una morena !

PEDRO Sí que he visto algunos, señorita...

LAURA (Enfática.) ¿Y ese corazón? ¡Las veces que habrá cesado de latir por un instante! Señor Pedro, cuando se ha tenido la vida de usted llena de grandezas, de emociones; cuando se ha vivido en las cumbres sobre las nieves perpetuas y...

EMMA (Interrumpiéndola.) Eres tremenda, Laura... Si no te atajo también tú llegas a la cumbre de la elocuencia y atraes con tus gritos a la directora.

LAURA ¡Que venga! Aquí quisiera verla yo para decirle: «¿Cómo se le ha ocurrido a usted traer a este héroe, a este oso blanco, a cuidar de sus manzanos y a sacudir los pulgones de sus rosales?»

PEDRO Señorita... ¿Qué quería usted que hiciera yo a mi edad?

EMMA Claro.

LAURA ¡Qué sé yo! Morir en su puesto; que ese pelo blanco y esas barbas blancas no tuvieran una mortaja de tierra, sino de nieve... A tal señor tal honor.

EMMA Loca... loca.

LAURA Equilibrada, sensata, burguesa...

PEDRO ¡Qué gracia tiene la señorita Laura! Se parece a una señorita italiana...

LAURA Sí, venga la anécdota... Yo también soy de Italia, señor Pedro; he nacido en Milán... Mi padre es Martini, el célebre pianista.

EMMA ¿Qué le cuentas a Pedro? ¿Qué puede él saber?...

LAURA No gano para sermones tuyos, hija... (A Pedro.) Bueno, ¿qué le pasó a esa señorita italiana?

PEDRO A esa señorita la acompañé yo al Mont Blanc con dos caballeros y dos señoras más... Era como usted; tenía una voz de pájaro. Siempre que la oigo a usted me acuerdo de ella... Tenía el pelo negro, los ojos negros y la boca... ¿Ven ustedes esas rosas rojas? Pues así.

LAURA — Cómo retrata, ¿eh?

PEDRO — La señorita italiana hablaba con uno de los caballeros que le ofrecía el brazo para ayudarla en los momentos peligrosos. Pero había otra de las señoritas que cada vez que veía eso se ponía pálida y miraba a la del pelo negro de un modo... Yo tenía entonces cuarenta años y entendía de eso... Además, oí ciertas palabras... La señorita de los ojos negros estaba enamorada del caballero que... Vean si viene la directora.

LAURA — No.

EMMA — No.

LAURA — Siga usted.

PEDRO — Y el caballero era el marido de la señora pálida.

EMMA — ¡ Ah !

LAURA — ¡ Qué interesante ! ¿Y qué ocurrió?

PEDRO — Ocurrió, señoritas, algo terrible. En un paso difícil... Pero yo no sé si debo contarles estas cosas.

LAURA — (Apasionada.) Sí, sí. Concluya usted.

EMMA — Tiene razón Pedro.

LAURA — No le haga caso, siga, siga...

PEDRO — Se dijo que en un paso difícil la señora pálida había perdido pie y fué a caer para siempre al precipicio.

EMMA — ¡ Oh !

PEDRO — No perdió pie, que yo bien lo ví... La señorita de los ojos negros la había empujado...

EMMA — ¡ Un crimen, Dios mío !

LAURA — ¡ Un crimen por amor ! Eso es terrible y... hermoso, Emma.

EMMA — ¡ Laura !

PEDRO — Yo bien la ví, que fué despacito, por detrás, a traición, y... Aun me parece oir el grito de la otra y ver sus brazos abiertos al caer.

EMMA ¿Y usted qué hizo? Porque fué un asesinato indigno.

PEDRO Yo...

LAURA ¡Qué sabemos si fué un asesinato indigno! Si estaba por medio el amor...

EMMA ¡Laura! ¿Eres capaz de pensar que la italiana hizo bien?

LAURA Yo no digo tanto... Digo que sin estar enamorado no pueden juzgarse las cosas del amor... Hasta Clara dice que el amor es ciego; y el libro aquel, ¿te acuerdas?, decía que el amor era aun más fuerte que la muerte.

PEDRO ¿Qué, señorita?

EMMA Calla. No quiero oirte hablar así. Estás envenenada por las cosas que lees. Si no te quisiera tanto y no supiera que en el fondo eres una chiquilla, te denunciaba a la directora... No seas así, Laura; tú sabes que te quiero como a una hermana...

LAURA (Arreglando nerviosamente las flores sobre la mesa. No, si yo no he querido decir...

EMMA Pero usted, señor Pedro, ante ese crimen, ¿qué hizo? ¿Denunció a la culpable?

LAURA ¿Denunció usted a los culpables, señor Pedro?

PEDRO Yo, señoritas, verán ustedes... (La Directora ha aparecido en el rellano de la escalerilla que lleva a las habitaciones interiores y desde allí interrumpe la conversación.)

DIRECTO. Ah, no; eso sí que no... ¡El señor Pedro de palique con las alumnas! No es posible.

PEDRO Señora, fué que...

DIRECTO. Volviéndome a Laura más loca con sus historias de los Alpes, que son pura farsa... Jardinero, a su jardín... Sin replicar. (El señor Pedro sale lentamente por el fondo.)

LAURA ¡Pobre señor Pedro!

DIRECTO. Si no fuera tan viejecito y tan respetuo-

so lo ponía en la calle. Sois vosotras las que le tiráis de la lengua... No ha sido tal guía en los Alpes, sino zapatero de viejo toda su vida... ya véis que diferencia... Qué, ¿no decís nada?

EMMA ¿Qué quiere usted qué digamos? Nos da pena que usted lo haya reñido por nosotras.

DIRECTO. Tenéis cara de misterio... Ya se sabe; las parejitas dan estos resultados.

EMMA No hacemos nada malo.

DIRECTO. Sí, ya lo sé; pero no quiero secretitos ni versos... (Cogiendo el papel del bolsillo de Laura, en donde lo ha descubierto un momento antes.) Os conozco.

LAURA Señora...

DIRECTO. (Después de pasar la vista por el papel.) ¡De Alfredo de Musset! Lo único que nos faltaba... Primero, una novela d'Annunzio, y ahora esto... (Rompe el papel y se guarda los pedacitos.) ¿Quién te los ha dado? Es letra de hombre, de un alumno de la Chatelaine... Ya hablaré yo con el señor Viel, y si se repite la broma, se acabaron los bailes y las excursiones a la montaña.

LAURA No, eso no; yo le prometo a usted...

DIRECTO. (Más grave.) Si no hubiera muchachas tan locuelas como tú, en ningún pensionado suizo entrarían versos de Musset... Me obligarás a escribir a tu padre; ya tienes más que edad para ser seria y para dejar la pensión.

EMMA Laura le ha prometido enmendarse, señora.

DIRECTO. Bien. (Yendo hacia la puerta de la derecha.) No os dejo solas; no quiero parejitas. Ahora vendrán las otras y os ayudarán a concluir la mesa. (Sale por la derecha.)

LAURA ¡Qué ganas tengo de irme de aquí, Emma!

EMMA La señora tiene razón.

LAURA La señora no tiene razón nunca; para mí

al menos... Ya no soy una niña, y sueño con verme libre, con leer lo que me parezca, con comer lo que se me antoje. Estoy de lecturas morales hasta aquí, y de pan frito con queso... ¡Qué asco!

EMMA Cállate, que vienen las otras.

LAURA Cállate, siempre cállate; como si hablar sinceramente fuera una falta. Se ahoga una aquí de hipocresía... Dame esas violetas.

EMMA Toma... Sé formal.

(Entran por el fondo AMELIA, CLARA, SOFÍA, MATILDE, JULIA y EVA. Clara es rubia y angulosa; Todas visten, como Laura y Emma, con uniformes.)

AMELIA ¡Pero si ya habéis puesto hasta las flores!

SOFÍA La señora dijo que nos necesitábais.

LAURA La señora os manda de espías.

CLARA La directora es incapaz de ofendernos.

AMELIA Tú sabes cómo es Laura.

MATILDE No riñais.

LAURA Por mi parte... Pero lo cierto es que la señora os mandó porque no sé qué cosas terribles supone que Emma y yo hablamos.

EMMA Figuraos...

MATILDE Siempre ha dicho que no le gustan las amigas íntimas.

LAURA A la señora no le gusta nada que esté bien.

EVA Pues... Es verdad.

JULIA ¡Tú!

CLARA ¡Oh!

SOFÍA Eres tremenda, Laura.

LAURA Aquí se llama tremenda a la que dice la verdad.

CLARA Pues yo no pienso como tú.

LAURA Hija, afortunadamente... Tú has nacido en Filadelfia y yo en Milán.

CLARA Música.

LAURA Sí, señorita sosa, señorita témpano; música, poesía, pasión...

CLARA Locura, cabeza a pájaros.
LAURA Doy las gracias a su alteza la princesa del celuloide.
CLARA ¡ Laura !
LAURA ¡ Clara !
CLARA Si no fuera por...
LAURA Te prevengo que sé boxear.
EVA Tiene gracia.
AMELIA ¿ Habrá tontas?
EMMA Ea, ¿ queréis callaros?
SOFÍA No seais así.
MATILDE No se sabe si bromeais.
CLARA Claro que bromeamos.
LAURA Naturalmente.
EMMA Ya está lista la mesa ; ¿ qué hora es?
SOFÍA Las cinco.
AMELIA Pues Margarita y su marido ya podían ser más puntuales.
LAURA ¿ Te urgen?
AMELIA Lo digo por el te, que me gusta a las cinco en punto.
LAURA Ya, y con muchas pastas.
EMMA Ahora es con Amelia... Vamos, Laura.
AMELIA Me gusta a las cinco, porque soy partidaria del orden. Lo tomaremos a las seis, y nos sentaremos a cenar en plena digestión ; ya lo veréis.
LAURA ¡ Qué atrocidad ! Pareces una vieja.
AMELIA Pues solo tengo diez y ocho años ; algunos menos que tú.
LAURA No me ofendo. Debe de ser sin duda por mi edad por lo que me encuentro tan mal en esta cárcel.
CLARA ¿ No le llama cárcel a la pensión?
EMMA Cosas suyas.
EVA Pues... muy bien dicho.
MATILDE ¡ Tú !
LAURA (Ya distraída y mirando al reloj.) No, la verdad es que Margarita y Eduardo...
CLARA El señor de Villegas, debías decir.
MATILDE O el marido de Margarita.

LAURA — Yo le llamo por su nombre, porque no soy hipócrita como vosotras.

AMELIA — Me gusta.

EMMA — Hay que dejarla.

LAURA — Y porque un hombre joven y guapo...

CLARA — Eso no se puede decir.

LAURA — ¿Por qué no? ¡Qué pudorosas sois las yankees!...

EMMA — Laura, hoy estás rematada. (Suena el reloj.)

LAURA — Las cinco y cuarto. Tranquilízate, Amelia, tomarás el te a las cinco y media. (Burlándose.) El excelentísimo señor de Villegas y su excelentísima señora esposa no pueden tardar. Y ya que a tu edad te permites tener estómago, un retraso tan pequeño no te lo echará a perder... Mira, puedes irte consolando con pan tostado.

AMELIA — Tú no tienes estómago, ¿verdad?

LAURA — Quiá, hija. ¡Qué he de tener yo esas cosas! A nuestros años no se tiene estómago todavía.

SOFÍA — ¿Y qué se tiene entonces?

LAURA — Se tiene corazón.

EMMA — ¡Qué ocurrencia!

CLARA — ¡Cuántó ingenio!

EVA — ¡Muy bien! ¡Bravo!

JULIA — ¡Tú!

MATILDE — Hay que reirse contigo

LAURA — Sí, reíos, reíos... Yo me entiendo.

EMMA — Cuidado, que viene la directora.

LAURA — Por mí... (La directora entra por la derecha.)

DIRECTO. — ¿Regañabais?

CLARA — Oh, no, señora.

MATILDE — Hablábamos.

DIRECTO. — Parece que hoy estamos un poco alborotadas. (Dirigiéndose a Laura, que hace ademán de retirarse en son de protesta.) Venga usted acá, señorita.

LAURA — ¿Qué desea usted?

DIRECTO. — (Afectuosa.) Acércate, cabecita loca. ¿Por qué huyes?

LAURA — Yo no huía; iba al jardín, sencillamente. ¿Es que ya no se puede ir al jardín?

DIRECTO. — Díscola, rebelde. Si yo no supiese que eres toda corazón...

CLARA — Ella misma lo decía antes.

DIRECTO. — (Siempre a Laura.) Pero ese tonito no me gusta; no quiero que me insubordines a las demás. No, no protestes... ¿No te ibas al jardín? Anda, pues. Ahora te lo mando, te lo suplico yo... (Laura sale malhumorada por la puerta del fondo.)

DIRECTO. — Regañabais, ¿verdad?

AMELIA — No, señora; pero como Laura es así...

DIRECTO. — ¿Qué pasó? ¿Qué dijo?

EMMA — No fué nada.

DIRECTO. — Tú la defiendes, ya lo sé... (A Clara.) ¿Quieres decirme la verdad? No es una denuncia lo que te pido, sino un dato. Todas queremos a Laura, tanto vosotras como yo.

CLARA — (Displicente.) Sí.

AMELIA — (Idem.) Sí. (Casi simultáneamente.)

MATILDE — Claro.

EVA — Mucho.

EMMA — Oh, sí, sí.

DIRECTO. — Y es necesario que todas nos ayudemos. Ya sabéis que os trato como a personas mayores.

CLARA — Sí, señora.

DIRECTO. — Y que deseo que tengáis confianza en mí. Cuando entrasteis en la pensión, tú, Emma, hace seis años; tú, Sofía y tú Amelia, hace cinco...

AMELIA — No, señora; yo sólo hace cuatro años y siete meses.

DIRECTO. — Hija, eres la legalidad en persona... ¿Qué importan meses más, meses menos?

EMMA — Como lo del té... Amelia lo ha de tomar a las cinco en punto.

SOFÍA — Por eso discutió con Laura.

DIRECTO. — Una por metódica y otra por desequilibrada... ¡Señor, que cada una de estas

cabecitas sea un mundo! En fin, más vale parecerse á un reloj, que anda bien, por supuesto, que a una veleta.

SOFÍA (A Amelia.) Te ha llamado reloj.

AMELIA Pero no de repetición como tú.

DIRECTO. ¡Cuidado!... A ver. ¡Lo pronto que se enzarzan estas señoritas! Guardad silencio, así... Digo que vuestro concurso puede serme útil para completar la educación, la reforma del carácter de Laura. Ya no sois una niñas... Y vuelvo a lo de antes: Cuando entrasteis en la pensión... hace los años y los meses que haga, no vaya a venir Amelia con sus pesas y medidas, yo era vuestra madrecita; ahora que estáis próximas a abandonarme, quiero ser vuestra amiga, una amiga respetable, estas canas son mi privilegio, y, como amiga, os pido antecedentes acerca de Laura, de sus ideas, de sus lecturas, de... ¿cómo diré yo?... de sus cosas. Ella es un poco extravagante.

CLARA Muy extravagante.

DIRECTO. No, tampoco me gusta esa ojeriza que le tienes. Laura es un poquito extravagante, pero tú no dejas de ser un poquito de todo lo contrario. De tu sensatez y frialdad necesitaría algo ella, pero, vamos, que un poco de la travesura, de la gracia, del brío de Laura, no te vendrían a ti del todo mal.

CLARA No los quiero, señora.

DIRECTO. Sería inútil que lo quisieras; son dones de Dios y no se compran. Ea, quedamos en que Laura es así y en que está muy bien confirmada: «Cabecita loca». Pues bien, yo os ruego, os pido que no seais cómplices de Laura en sus locuras. Contradecidla en sus ideas novelescas; aconsejadle calma, prudencia. No habléis con ella del porvenir, de proyectos de boda,

de nada que la pueda exaltar; Laura es un corazón deseoso de inflamarse.

EMMA Sí, eso es.

DIRECTO. Tú eres su aliada; si sabe algo de esta conversación será por ti.

CLARA Pues lo sabrá.

EMMA Pues no lo sabrá. No soy yo la que tengo esa costumbre; recuérdalo bien.

CLARA Ya..

EVA ¡Muy bien dicho!

JULIA ¡Tú!

DIRECTO. ¡Niñas!...

EMMA Yo soy la primera en pensar lo mismo que la señora. ¡De cuántas locuras no disuado a Laura!

SOFÍA Ya pareció aquello.

DIRECTO. Me asustas. ¿A qué locuras te refieres?

EMMA Oh, nada, nada.

DIRECTO. No, habla; es tu deber. Sería muy doloroso para todas que Laura diera qué decir. Dime si debo escribir a su padre. Si no fuera atendiendo a que Laura no tiene madre y a que el señor Martini, por su profesión, anda siempre viajando, de hotel en hotel, Laura no estaría ya con nosotras. Pero si no es juiciosa...

EMMA Si es que me he explicado mal, señora... solo son, ¿cómo diría yo? locuras de pensamiento, escribir su vida... ¡qué sé yo!

CLARA Mandar al jardinero cada dos días a comprar éter.

EMMA No es así; no lo crea usted... Es que la pobre no podía dormir con la neuralgia.

EVA No es verdad.

JULIA Pues sí.

AMELIA ¿Y el paquete de cigarrillos?

EMMA Una broma. Como la queréis tan mal...

CLARA Yo...

DIRECTO. ¡Silencio! Yo arreglaré esas menudencias. Hay que corregir a cada una según su carácter. Laura es demasiado vibrante y por eso exige más cuidado. Pero no me

gusta ver en vosotras el deseo de fijarse únicamente en sus defectos. Nadie es perfecto... Y al fin sus faltas son de esas que con buena dirección se convierten en cualidades...

AMELIA ¿Son ya las cinco y media?

DIRECTO. Casi. Margarita y el señor Villegas van a venir. No necesito recomendaros discreción. Quiero que os familiaricéis con la vida de sociedad. Los conciertos, bailes y veladas que aquí se organizan no tienen otro propósito.

SOFÍA Hace mucho que no vamos a ningún concierto.

MATILDE Yo prefiero la ópera: *Manón*.

EVA Yo, *Carmen*... El toreador.

JULIA ¡Tú!

CLARA Y yo la montaña... ¿Verdad que iremos pronto al Saléve?

DIRECTO. Tú también eres una soñadora a tu modo.

CLARA Es que me gusta el alpinismo, pero sin novelería.

DIRECTO. Bueno. Si no quieres admitir un poco de poesía en los deportes... Estamos esperando una puesta de sol que lo merezca. Iremos en el funicular hasta Etrembiéres, y después a pie.

CLARA ¡Bravo!

AMELIA Merendaremos en el hotel de la señora Martín, ¿no?

SOFÍA ¿Y quiénes vendrán con nosotras, señora?

DIRECTO. Los alumnos del señor Viel, Pedro el jardinero y Margarita y su marido, seguramente. (Suena una campana.) Oyes, Matilde, acércate a la verja a ver si son ellos.

MATILDE Sí, tienen que ser.

EVA Vamos contigo. (Matilde, Eva y Julia salen por el fondo.)

SOFÍA ¡Qué feliz debe ser Margarita!

CLARA Lo parece, por lo menos.

EMMA Y lo es... Ha realizado sus sueños, como dice Laura.

DIRECTO. Vosotras os casaréis también... Tú en cuanto salgas de la pensión, Clara.

AMELIA Pero como sólo conoce a su novio por retrato...

CLARA Mi matrimonio es cosa de mis padres.

DIRECTO. Sea como sea, que por todas partes puede llegarse a la dicha, lo que deseo es que todas podáis darme la prueba de cariño que me ha dado Margarita, viniendo a pasar a Ginebra parte de su luna de miel.

SOFÍA Yo le prometo que haré lo mismo.

EMMA Y yo. ¡Qué encanto ver a Margarita por las tardes entre nosotras, con su delantal, con su labor, en su sitio de antes... como si no se hubiera casado!

SOFÍA Es que parece mentira.

CLARA Yo no podré venir probablemente... Mi prometido quiere que hagamos el viaje de novios al Polo Sur.

MATILDE Y si yo me caso no será para recordar el colegio y jugar como Margarita a que no se ha casado. Cada cosa en su punto.

DIRECTO. (Avanzando hacia el jardín.) Ya vienen.

AMELIA ¡Al fin! Voy por el té. ¡Creí que no venían nunca! (Amelia sale con cómica precipitación por la derecha y entran por el fondo la DIRECTORA, MARGARITA y EDUARDO. Eduardo es joven y apuesto. Margarita viste un elegante traje de calle y un abrigo de verano.)

MARGA. Hijas, qué tiempo más hermoso. Vengo sudando.

DIRECTO. Pues no te quites en seguida el abrigo.

EDUARDO ¿Y qué tal va, señoritas?

CLARA Muy bien.

EMMA Ya ve usted... ¿Y ustedes?

EDUARDO Cada día más contentos de la vecindad.

DIRECTO. Gracias. Es usted muy amable.

MARGA. ¿Y Laura?

SOFÍA En el jardín.

MARGA. ¡Qué ingrata! Nos ha visto entrar y no viene.

EMMA (A la Directora.) ¿Voy a llamarla?

DIRECTO. Naturalmente. Ve.

(EMMA sale por el fondo y AMELIA entra por la derecha con una gran tetera sobre una bandeja de laca.)

DIRECTO. Sentémonos. Amelia va a ofrecernos el té.

SOFÍA Así tardará más en tomarlo ella misma, la pobre.

DIRECTO. Sofía, ¿qué es eso?

AMELIA Déjela usted, señora; no me hacen efecto sus ironías.

MARGA. Pero ¿seguís así?

EDUARDO Son bromas...

CLARA Sí, aquí bromeamos tan a menudo...

DIRECTO. Señor Villegas, no hay modo de impedir que estas señoritas descubran un poco de su carácter. Sofía es burlona, Amelia impaciente, Clara inflexible, Laura...

(LAURA, desde la puerta, del brazo de EMMA, con aire perfectamente mundano.)

LAURA ¿Quiere usted que tarde un poco en entrar para que pueda decir sin reparo el calificativo que me pertenece?

MARGA. Entra, mujer.

LAURA Hola, hija... Buenas tardes, señor de Villegas...

EDUARDO Buenas tardes.

MARGA. Siéntate aquí. (Se han sentado todos y Amelia va sirviendo el té.)

AMELIA Señora... Margarita... Señor Villegas...

EDUARDO Muchas gracias.

CLARA A mí menos cargado.

SOFÍA Aquí tienes agua.

LAURA Hace calor. Yo hubiera preferido un helado.

EDUARDO Se puede mandar a buscar. ¿Verdad, señora?

DIRECTO. No haga usted caso; en cuanto estuviera aquí el helado, Laura preferiría el té. Prefiere siempre lo que no tiene.

LAURA ¿No lo decía yo? Como a la señora no le

bastaba un adjetivo para retratarme, ha empleado una definición. Ya me conoce usted, señor Villegas.

DIRECTO. Calla... ¿Tomáis té en España, Margarita?

MARGA. Sí, no he perdido la costumbre. Ya hay muchas casas donde á las cinco se sirve habitualmente; y algunas donde hay que pedirlo hasta en francés.

EDUARDO Es que a Margarita le gusta lucir lo aprendido, pero si se pide en español...

MARGA. También lo sirven, claro, pero...

DIRECTO. (Siempre dulcificando.) ¿Y cómo tomáis el té en España?

EDUARDO El té es allí una cosa más bien medicinal. Se toma con aguardiente, sin pan ni manteca...

LAURA Amelia no irá nunca a España.

DIRECTO. Pchst...

EDUARDO ¿Y a usted le gustaría ir a España, señorita?

LAURA Sí. En cuanto salga de la pensión iré... Si ustedes están en Madrid me enseñarán cuanto haya que ver y me llevarán a una corrida de toros con una mantilla que me prestará Margarita, y muchos claveles.

EDUARDO Que yo tendré el gusto de ofrecerle.

LAURA Ya me veo con mi mantilla colocada así, y los claveles...

CLARA Estarás muy en carácter.

EMMA Pues estará muy bien.

EDUARDO Yo no sé si puede decirse que estará usted encantadora. (Una corta pausa.)

DIRECTO. ¿Están ustedes contentos en su casita?

MARGA. ¡Qué buena ha sido usted alquilándomela! Era mi ideal. Nada más que cruzar la calle y ya estoy aquí.

EDUARDO Ayer, desde la ventana, las veía yo en la clase de labores.

DIRECTO. Por cierto que Sofía ha terminado ya su chaleco.

SOFÍA No ha quedado sino mediano.

MARGA. ¿Y el camino de mesa de Amelia?
AMELIA Pues no se acaba nunca.
EMMA Tiene más estaciones que el funicular.
MARGA. ¿Y tú, no haces nada, Laura?
LAURA Ya sabes que mi fuerte no es el bordado. Te pintaré algo sobre seda o terciopelo. Con el pincel se improvisa, salen cosas... Y si cae una mancha se la convierte en una rama o en una flor...
CLARA Con la aguja hay que tener más cuidado, más paciencia...
AMELIA No hay nada como un bordado bien hecho.
LAURA Bien hecho, sí, pero comprado hecho. Yo me gastaría una fortuna en encajes. Cluny, Venecia, Valenciennes, Malta, Malinas. ¡Me haría unas batas, unas salidas de teatro!
DIRECTO. ¡Laura!
LAURA ¿Es que las salidas de teatro son peores que las fundas de almohadas o que los pañuelos?
DIRECTO. (Levantándose.) Daremos una vuelta por el jardín.
EDUARDO No hace nada de frío.
DIRECTO. Las menores juegan todavía. Pueden ustedes ir a recoger el rebaño. Yo...
MARGA. Eso es.
EDUARDO ¿Y no hay ovejitas descarriadas?
DIRECTO. No, señor. Todas son buenas y obedientes. (Mirando a Laura.) Sí, alguna, a primera vista, parece un poco rebelde... Pueden ir, yo los alcanzo en seguida.
MARGA. ¡Qué gusto ver a las pequeñas! ¿Cuántas somos ahora entre todas?
AMELIA ¿Somos? Querrás decir sois.
DIRECTO. Amelia, te ruego que no puntualices de ese modo. Margarita sigue siendo nuestra. ¿Verdad que usted lo permite, señor Villegas?
EDUARDO Al contrario. Son cosas compatibles.
LAURA Pues contigo somos quince las ovejitas,

Pero sólo catorce duermen en el aprisco.

CLARA ¡ Schoking !

AMELIA Si eso no es puntualizar...

SOFÍA ¿Vienes, Margarita?

MATILDE Vamos. (Salen. Margarita va entre Matilde y Sofía que se han cogido de sus brazos. Eduardo, detrás de ellas, las mira sonriente, y Emma va junto a él. Laura iba a seguirlos, pero la Directora le ha hecho un gesto para que se quede.)

DIRECTO. Me veo obligada a reprenderte.

LAURA ¿Qué he hecho de malo?

DIRECTO. Hay ciertas expresiones impropias de una señorita.

LAURA ¡Ah !... ¿Por lo del aprisco?

DIRECTO. No me ha parecido correcto.

LAURA Pero, señora, ¿es que Margarita pasa todavía las noches en su cuarto del colegio?

DIRECTO. La pregunta pasa ya de los límites... No, vamos... Es demasiado. ¿Qué habrá dicho el señor Villegas? ¿Qué pensará de esta casa, de ti?

LAURA Nada... No piensa más que en Margarita.

DIRECTO. Parece que te propusiste escandalizarle.

LAURA ¿Es que se asusta por tan poco?

DIRECTO. Lo de ovejitas descarriadas iba por ti. Ahí tienes la prueba de su censura.

LAURA Bien. No volveré a hablar una palabra.

DIRECTO. Casi sería mejor. ¡ Ah, si conocieras los términos medios ! Recoge esas flores para que sirvan para mañana y ve después al jardín, y mucho cuidado. Yo tengo que arreglar un pequeño conflicto en la cocina.

LAURA Descuide usted. (La Directora sube la escalerita y desaparece por la puerta. Laura empieza a recoger las flores, pero se cansa al momento, las tira sobre la mesa de nuevo y se sienta pensativa. Al cabo de un instante, como si sacudiera un ensueño se encoge de hombros y murmura.) ¡ Bah ! (Va a levantarse y, dando un grito de sorpresa recoge de sobre la silla un objeto: es la petaca que Eduardo ha olvidado. Laura la examina con lenta curiosidad, mira después a todos lados y,

decidida, saca un pitillo que enciende en la llama de la tetera y fuma.) ¡ Ah, qué bien !... ¡ Tabaco de Egipto !

Ha atardecido. Se oyen los cantos de las niñas que juegan fuera. EDUARDO entra por la puerta del fondo.

EDUARDO Laura, usted perdone...

LAURA (Sobresaltada, ocultando el cigarro y sin atreverse a hablar para no dejar escapar la bocanada de humo.) ¡ Hum !...

EDUARDO Usted perdone... He olvidado mi petaca. La saqué antes maquinalmente, pero comprendí que no debía fumar por si les molestaba el humo... y se conoce que en lugar de volverla al bolsillo fuí y la dejé caer... Aquí está. (Laura no puede resistir más y rompe a toser, dejando salir el humo por la nariz y por la boca.) ¿Qué tiene usted?

LAURA Nada... No es nada.

EDUARDO (Riendo.) Pero... ¡ Cómo sale el humo !... ¿Quiere usted otro?

LAURA (Sin desconcertarse, mostrando el cigarrillo que tenía escondido.) No, vea usted.

EDUARDO (En camarada.) Entonces... ¿Enciendo yo también?

LAURA (Ofreciéndole lumbre.) ¿Por qué no? ¡ Tendría usted unas ganas de fumar !

EDUARDO Una tortura. Yo por usted, por Emma, por la misma señorita Blanchet, me hubiera atrevido; pero esa yankee... ¿Cómo se llama?

LAURA Clara, princesa del celuloide.

EDUARDO Pues la princesa y Amelia son dos muchachas que tienen la virtud de azararme.

LAURA Lo comprendo. Son de lo más antipático...

EDUARDO ¿Eran amigas de Margarita?

LAURA No.

EDUARDO ¿Cuál era su mejor amiga?

LAURA ¿Quién desearía usted que lo hubiera sido?... ¿Emma?

EDUARDO ¿Por qué Emma?

LAURA Parece que jugamos a las preguntas... Es

que Emma parece nacida para escuchar secretos.

EDUARDO Y Margarita le contaba los suyos.

LAURA Como Emma es tan buena y tan... Margarita sólo le contaba algunos, la mitad.

EDUARDO Y los otros...

LAURA Ah, los otros me los contaba a mí.

EDUARDO De modo ¿que usted era la confidente de los secretos graves?... ¿Y cuáles eran?

LAURA No sé ya... Tonterías de ustedes.

EDUARDO Gracias.

LAURA Sí, pero esas tonterías que... (De súbito intranquila.) Vuelva usted al jardín en seguida... No vayan a sospechar...

EDUARDO No, afortunadamente dije que se me había olvidado el tabaco, y Pedro les está contando una historia que escuchan todas embobadas, hasta Clara.

LAURA No se fíe; esa...

EDUARDO Pero dígame usted, Laura... ¡ Es tan interesante ! ¿Cuáles eran esas tonterías, esos secretos?...

LAURA (Lanzando una bocanada de humo.) ¡ Bah !... Las cartas de usted.

EDUARDO Las que no decomisaba Mademoiselle Blanchet.

LAURA Como usted era el prometido de Margarita, y la Directora contaba con el consentimiento de sus padres...

EDUARDO Por eso nunca me he explicado el decomiso... Además, la Directora interceptaba las cartas más inocentes, lo he visto ahora revisando los papeles de Margarita.

LAURA En primer lugar, la directora no tiene del corazón una idea muy allá... Claro que se figura... pero tiene cuarenta años y como soltera y protestante... Además, lee con mucha dificultad el idioma de usted.

EDUARDO Entonces...

LAURA Pues como le parecía que usted escribía demasiado, decomisaba una carta sí y otra no.

EDUARDO (Riéndose.) Y siempre interceptaba la que escribía los jueves... la más tonta.

LAURA Tiene gracia... ¿De modo que usted es tonto los jueves?

EDUARDO Puede... Los domingos, que es cuando escribía la otra carta, soy más soñador. ¡Se aburre uno tanto los domingos!

LAURA Aquí en la pensión siempre es domingo.

EDUARDO ¿Tanto se aburre usted?

LAURA Ponga usted: «Tantísimo»... Así que me paso soñando la semana entera.

EDUARDO ¡Y que usted debe de tener una imaginación!

LAURA ¡Psch!... Me llaman *Cabecita loca*.

EDUARDO Leerá usted novelas.

LAURA Como no entran en la pensión sino de contrabando, las invento, es más cómodo.

EDUARDO Y más bonito... Porque a usted no se le puede ocurrir nada que no sea bonito.

LAURA ¿Usted qué sabe?

EDUARDO Basta verla.

LAURA Margarita es encantadora.

EDUARDO También usted.

LAURA Pero no tanto. No será usted capaz de decir que sí... (Laura espera que Eduardo conteste, y como éste guarda silencio, añade.) ¡También usted tiene una imaginación!... ¡Qué cosas escribía a Margarita!

EDUARDO ¡Ah!

LAURA Ella me las traducía. Creía usted escribir para una y leíamos dos.

EDUARDO ¡Qué cartas más dichosas!

LAURA A veces yo me figuraba que eran sólo para mí... ¡Qué tonta! Y como no le conocía aún, no había ningún mal en semejante hipótesis... ¡Huy, hipótesis! qué mal suena... Era un poco de ideal y de ensueño... ¿Por qué las cosas delicadas no han de ser para todo el mundo?... Soy un poco extraña, ¿verdad? Todo lo que es bello, lo que es dulce, lo que es grande, me parece mío. Me hago la ilusión, y me lo apropio.

¿Me comprende usted? Veo, por ejemplo, una de esas puestas de sol admirables que hay en los Alpes, y mis ojos abarcan de tal modo el paisaje y mi alma siente el crepúsculo con una ansiedad y una fuerza, que parece que el sol se pone y que el cielo se enciende para que Laura, *Cabecita loca*, yo sola, experimente algo: un placer, una melancolía... ¡Huy, qué tonta, pero qué tonta me pongo! ¡Qué loca soy!

EDUARDO (Cautivado.) ¿Loca?... Es usted un encanto... Si yo hubiera adivinado que mis cartas...

CLARA (Entra Clara por el fondo, sigilosamente.) ¡Ah!...

LAURA (Tirando el cigarrillo.) ¡Clara!

EDUARDO Me ha costado trabajo encontrar mi petaca. Gracias a Laura...

CLARA Sí, ya veo; ya... (Mirando el cigarrillo que humea sobre la alfombra.)

LAURA Vamos, señor Villegas.

EDUARDO Cuando usted quiera.

(Laura sale, seguida de Eduardo, después de mirar desdeñosamente a Clara. En cuanto se encuentra sola, Clara se precipita a recoger el cigarrillo, y casi al mismo tiempo aparece la DIRECTORA en la puerta de la escalerilla.

CLARA Es sencillamente vergonzoso.

DIRECTO. ¿Qué haces? ¿Eres tú, Clara?

CLARA Sí, señora.

DIRECTO. ¿Qué hay? ¿Qué tienes?

CLARA Señora, yo no sé si debo...

DIRECTO. Qué trágica te pones, mujer... ¿Qué ocurre?

CLARA Laura...

DIRECTO. Sois como el ratón y el gato; no os podéis ver. (Mientras hablan, la Directora ha descendido a la escena.)

CLARA Lo que pasa es vergonzoso, señora.

DIRECTO. A ver... Me asustas.

CLARA Laura estaba aquí, hablando a solas con el señor Villegas y... fumando.

DIRECTO. ¿Tú no sabes lo que te dices? ¿Fumando Laura?

CLARA (Mostrando el cigarrillo.) Mire usted.

DIRECTO. Es grave, muy grave. ¿Estás segura?

CLARA Los he sorprendido... El señor Villegas salió del jardín diciendo que había olvidado su petaca, y vino aquí... Y como pasaron diez minutos sin que volviera, yo... sospeché, vine y...

DIRECTO. Hiciste mal.

CLARA Y Laura estaba hablando muy cerca del señor Villegas, y tenía un cigarro en la boca, ¡como un soldado! Es una vergüenza.

DIRECTO. No es posible, tú no has visto bien, Clara.

CLARA Sí, señora, es la verdad; bien sabe usted que no sé mentir. El señor Villegas dió el pretexto de la petaca para...

DIRECTO. No, eso no. Lo que insinúas es casi una calumnia, y quiero ahorrarte la vergüenza de que la concluyas de decir. Mucho ojo, Clara. (Tranquilizándose de repente.) Ah, ahora que recuerdo, pues sí que es verdad... El señor Villegas sacó la petaca cuando tomábamos el té, y ante una ligerísima sonrisa mía, se contuvo, y, me parece verlo, dejó a un lado la petaca en lugar de guardarla... ¿Ves cómo has ido demasiado de prisa, cómo has juzgado mal? No podía haber pretexto alguno.

CLARA Será lo que usted quiera, señora.

DIRECTO. Tu empeño en denigrar a Laura me va pareciendo excesivo. Cualquiera diría que la envidias.

CLARA ¿Yo?

DIRECTO. Ella sería incapaz de hablar de ti como tú hablas de ella.

CLARA No me importaría... Lo único que yo sostengo es que hablaban muy juntos y que cuando yo entré ya llevaban diez minutos largos.

DIRECTO. Pongamos cinco. ¿Y qué? El señor Ville-

gas es un caballero y Laura una señorita intachable. Sois futuras mujeres de sociedad, y ser mundana no es una falta sino un mérito. Menos gazmoñería, Clara.

CLARA — Yo le repito a usted que fumaba. No me crea si no quiere.

DIRECTO. — Sí, pongo tu denuncia en cuarentena, tuya es la culpa... Yo lo averiguaré y si fuera cierto no dejaré de decir a Laura...

CLARA — Le aseguro que...

DIRECTO. — Calla... Vuelven las niñas... Yo pondré las cosas en su punto.

(Entran con barullo las niñas pequeñas que jugaban en el jardín, conducidas por la SEÑORITA JUANA. MARGARITA y EDUARDO vienen con ellas.

JUANA — Ea, orden... Bastante habéis enredado en el jardín.

LUISA — Era esta.

MAGDA. — Era ella, señorita Juana.

MARGA. — Nosotros nos vamos.

LAURA — (En voz baja.) Dichosa tú.

EDUARDO — Es la hora del estudio; estorbamos.

DIRECTO. — No, pero como las niñas han de repasar sus lecciones... (A la señorita Juana.) Conduzca usted a las pequeñas.

JUANA — Vamos, nenas.

MARGA — (Acariciando a algunas mientras salen.) Adiós, monísimas... Cuidado con mancharos los dedos de tinta.

EDUARDO — Adiós, pequeñas.

JUANA — ¡ Niñas !

LUISA — Si es Magdalena.

MAGDA. — Eres tú, eres tú...

JUANA — Vamos ¡ Silencio !

CLARA — Yo voy a ayudar a la señorita. Hasta mañana.

MARGA. — Adiós.

EDUARDO — Buenas tardes. (Las niñas han salido por la puerta de la derecha. Clara las sigue.)

MARGA. — Pobres pequeñas. Les espera la geografía, el inglés, la música... ¡ Lo que estudiamos !

DIRECTO. ¡Lo que no aprendéis!
EDUARDO (A Margarita.) Vámonos, tú... No sabe irse cuando viene, señora.
DIRECTO. Entonces, adiós.
MARGA. Hasta mañana.
EDUARDO Hasta la vista. Nuestra excursión al Saléve es el jueves, ¿no es eso?
DIRECTO. Sí, creo que sí... El sol tiene la palabra.
EDUARDO Habrá sol.
MARGA. (Aparte a Laura.) Te encuentro desanimada, Laura. ¿Qué te pasa?
LAURA Me aburro. El mejor día tomo el tren y...

(Entra EMMA por el fondo.)

EMMA Creíamos que os habíais ido ya.
EDUARDO Nos vamos, señorita. Pero antes arreglábamos lo de la excursión al Saléve.
EMMA No deje usted de llevar su «Kodack». Haremos grupos.
MARGA. (A Laura.) ¿Escribes todavía tus memorias?
LAURA La señorita Juana me las sorprendió y me las hizo trizas.
MARGA. Empiézalas de nuevo. ¿Tienes asuntos?
LAURA Hoy sí. (Rectificándose.) Vamos, hoy se me ocurren algunas cosas.
MARGA. Pues no seas tonta. (Viendo a los otros que ya se despiden.) Adiós.
LAURA Adiós.
EDUARDO Adiós, señoritas.
DIRECTO. Les acompaño hasta la reja... (A Laura y a Emma.) Vosotras podéis quedaros aquí.

(Margarita, Eduardo y la Directora salen por el fondo. En seguida Emma se acerca a Laura.

EMMA Laura, loca, ¿qué has hecho?
LAURA Nada.
EMMA Clara lo ha dicho.
LAURA Al fin tendré que darle un golpe a esa asquerosa.
EMMA Pareces un hombre... un hombre loco. Mira que fumar delante del marido de Margarita.
LAURA Y poco bien... ¡Tabaco de Egipto!

EMMA ¿Y lo confiesas? Prepárate cuando venga la Directora ; verás cómo te besa para ver si hueles a tabaco.

LAURA ¿Y a mí qué?...

EMMA Ya sé que no te importa el reñazo. Pero si te castiga a no ir el jueves a la excursión...

LAURA (Con repentino interés.) Ah, eso sí que no... Espera. (Acércase a Emma después de haber echado el aliento varias veces contra una de las paredes.) ¿Huelo a tabaco?

EMMA ¡Puf! Como un inglés.

LAURA Pues verás. Corro en un momento a enjuagarme la boca.

EMMA Ve de prisa.

(Laura sube de prisa la escalerilla, y antes de que llegue arriba, entra la DIRECTORA por el fondo.)

DIRECTO. ¿Dónde está Laura?

EMMA Ahí la tiene usted.

DIRECTO. Ven, que te dé un beso, mujer.

LAURA Vuelvo en seguida, es sólo un minuto.

DIRECTO. (Subiendo la escalera detrás de Laura.) Oye ; oye...

(Laura, riendo a carcajadas, desaparece, perseguida por la Directora, mientras que Emma dice con sorna.)

EMMA Sí, sí ...¡ Como no la pilles !

(El telón cae rápidamente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

En el «restaurant» del hotel de la señora Martín, en lo alto del Salève.

La propietaria vigila el servicio, entrando y saliendo a menudo por la primera puerta de la izquierda, tras la cual se ve una estantería llena de botellas. La sala es amplia, y por la puerta del fondo, precedida de escalinata y marquesina, se divisa una vasta perspectiva de los Alpes nevados.

(En primer término hay una mesa grande con periódicos, guías y un á[illegible]a, y en medio una estufa, junto a la cual la DIRECTORA y el SEÑOR VIEL hablan, al empezar el acto, esperando á que se reunan, para regresar, todos los alumnos y alumnas que han tomado parte en la excursión. La SEÑORITA JUANA cuida de MAGDALENA y de LUISA, que dormitan apoyadas en la mesa. Un PASTOR protestante toma silenciosamente un bock de cerveza en una de las mesitas del fondo.)

DIRECTO. (A la señorita Juana.) Ya le decía yo que esas pequeñas no debieron venir.

JUANA Como en ninguna de las excursiones se nos ha hecho tan tarde como hoy...

DIRECTO. Luego se van a enfriar.

VIEL Tendrán la culpa los muchachos; y eso que sólo he traído a los más formales.

DIRECTO. O las muchachas, vaya usted a saber.

JUANA Aquí vienen ya.

(Entran por el fondo, CLARA, AMELIA y FERNANDO.)

CLARA Somos las primeras; ya lo decía yo.

DIRECTO. ¿Y los otros?

FERNANDO Nos dividimos en dos grupos por...

CLARA Usted sabe cómo es Laura. Luego Emma

se pone como un tigre en cuanto se le dice algo a Laura.

DIRECTO. Bien. Hojead periódicos mientras vienen. (Al señor Viel.) La historia de siempre.

FERNANDO Pido un poco de libertad para fumar un cigarro; fuera se hiela hasta la lumbre.

CLARA Queda proclamada la libertad. (Las niñas se desperezan con sobresalto, pero, arrulladas por la señorita Juana, vuelven a quedarse dormidas.

JUANA Vosotras no tenéis nada que ver con la libertad. Dormid.

DIRECTO. Ha sido un disparate el traerlas.

JUANA Todas las noches cuesta un triunfo dormirlas, y hoy...

FERNANDO Los niños son así.

VIEL (Atendiendo a la puerta del fondo.) Parece que ya vienen. (A los que están más cerca de la puerta.) ¿Quiénes son?

AMELIA Gente que llega al cuartel general: Emma, Sofía, Andrés...

(SOFÍA, EMMA y ANDRÉS, entran.)

DIRECTO. ¿No vienen todas?

SOFÍA Somos sólo nosotras, señora... ¡Hace un frío!

ANDRÉS Los demás deben venir detrás.

DIRECTO. Con tal de que no se retarden mucho... La noche se echa encima.

SOFÍA Ha sido una puesta de sol magnífica. ¿La han visto ustedes?

CLARA (A Fernando.) Usted que se ha pasado dando vivas toda la tarde, ¿no propone otro viva al sol?

FERNANDO Veo que se burla usted.

CLARA No, no.

FERNANDO Es que hay días que se levanta uno alegre sin saber por qué. Hoy, por ejemplo, yo hubiera querido dar un viva a todas las cosas. Soy, meridional, señorita... ¿Es que no se puede ser meridional?

DIRECTO. No le haga usted caso, Fernando.

VIEL En mis tiempos sólo se podía ser aquello

que las señoritas permitían ; éramos más galantes.

DIRECTO. Oh, por Dios ; Fernando, lo mismo que todos sus discípulos, es la galantería misma... (A los que acaban de llegar.) ¿Cuándo se separaron ustedes de los que faltan?

FERNANDO (Aparte a Andrés.) ¡ Me tiene ya cargado la yankee !

MATILDE Hace mucho rato ; al salir.

SOFÍA Iban demasiado de prisa. Pero quería enseñarles no sé qué sitio.

DIRECTO. Ese Pedro siempre ha de hacer de las suyas. Ya estoy intranquila.

VIEL Aun tenemos tiempo ; queda lo menos media hora para el último funicular.

ANDRÉS De aquí a la estación nos ponemos en un momento.

MATILDE Hay sus buenos diez minutos, no crea.

AMELIA (A Sofía y Matilde.) Ya veréis cómo llegamos tarde ; y después de la merienda ridícula que nos han dado...

SOFÍA Hija, deberías casarte con un maitre d'hotel.

(El Pastor cruza lentamente la escena, entra por la primera puerta de la izquierda donde se supone que paga, y con su Biblia y su paraguas bien apretados bajo el brazo, vuelve a pasar y se marcha por la puerta del fondo. Clara se ha puesto a hojear el album.)

CLARA ¡ Cuántas necedades tienen que soportar estos pobres albums !

FERNANDO A ver.

ANDRÉS ¿Ha leído usted lo que escribió hace un rato la señorita Laura?

CLARA Sí.

AMELIA Aquí hay algo escrito en español.

SOFÍA Si estuviera aquí Margarita...

CLARA O Laura, que es la traductora.

FERNANDO Yo puedo traducir si no es difícil ; déme usted.

VIEL (A la Directora.) ¿Es que Laura sabe el español?

DIRECTO. Casi. ¡ Se ha puesto a estudiarlo con un

ahinco! Es prodigioso lo que progresa cuando quiere.

MATILDE (A Fernando.) Qué, ¿puede traducir?

FERNANDO Veamos... «Saléve, 2 de marzo de 1912. Sì toda esta nieve fuera horchata de chufas y se pudiera llevar a Madrid en verano, ¡qué negocio! Rafael Pérez.»

AMELIA No entiendo.

SOFÍA Debe de ser algo gracioso.

VIEL Sin duda pierde con la traducción...

CLARA Lean ustedes lo de Laura, verán.

ANDRÉS (Después de leer.) Al menos es sincera: le gusta corretear, ver la nieve desde la ventana de un cuarto tibio y perfumado oyendo chisporrotear la leña.

FERNANDO La señorita Laura es exuberante como yo. (A Clara.) Y usted, ¿no escribe?

CLARA Sí; pondré unos renglones en el pedazo de papel que dejó en blanco Laura. (Se sienta a escribir.)

MATILDE Y ustedes escribirán, ¿eh?

ANDRÉS Después que ustedes; las señoras siempre van delante.

SOFÍA Qué pícaros, para tener tiempo de pensar, ellos.

FERNANDO Para inspirarnos, acaso.

VIEL Ya debieran estarlo.

ANDRÉS (A Clara que ha concluído de escribir.) Léanoslo usted.

CLARA (Leyendo.) «Debemos aspirar a que nuestra alma pueda compararse a la nieve, pura e inmaculada.»

SOFÍA (Irónica.) Precioso.

FERNANDO (Aparte a Andrés.) Lo que es su cuerpo sí que puede compararse a la nieve.

ANDRÉS No será por lo blanco, ¿eh?

FERNANDO Claro.

AMELIA ¿Qué cuchichean ahí?

FERNANDO Decíamos que después de escribir ustedes yo no puedo poner en el album mi frase de costumbre: el señor Viel me llamaría poco galante, y esta vez con razón.

MATILDE ¿Tan fuerte es?

ANDRÉS No, verá usted: Fernando escribe entre dos grandes admiraciones y seguida de puntos suspensivos, nada más que una frase: «¡ Y todo este papel estaba en blanco!...»

CLARA ¡Qué ingenioso!

FERNANDO Gracias.

DIRECTO. ¿Qué hora es?

VIEL Aun tenemos tiempo, señora.

(La SEÑORITA JUANA que desde hace un rato ha ido a mirar por la puerta del fondo, llega corriendo.)

JUANA Ya vienen, ya vienen...

DIRECTO. ¡Al fin!

VIEL Ya decía yo, señora.

(Todos se levantan; EMMA, MARGARITA y LEONARDO entran por el fondo.)

DIRECTO. ¿Y los demás?

EMMA ¿Cómo los demás?

MARGA. ¿Es que no están aquí?

DIRECTO. Laura, tu marido, el jardinero.

LEONARDO ¿Pero es que no han venido?

VIEL No bromear. ¿Dónde están?

LEONARDO Si no bromeamos...

EMMA Nos dejaron atrás porque querían ver con el señor Pedro no sé qué ventisquero.

DIRECTO. (A Margarita.) No debiste...

MARGA. Iban a un paso que era imposible seguirlos.

LEONARDO Como que creíamos hallarlos ya de vuelta.

DIRECTO. No debiste separarte de ellos, Margarita.

ANDRÉS Vendrán en seguida, señora. No hay peligro.

SRA. MAR. (Desde el mostrador.) Seguramente desde el mirador alto se les verá. Voy a darles un grito con la bocina.

MATILDE Vaya, sí.

(Sale la SEÑORA MARTÍN.)

VIEL No se intranquilice usted.

DIRECTO. Es tarde y ya debían estar de vuelta. Es la última que me hace Pedro, ese viejo loco.

CLARA El no tiene la culpa, señora; si los que van con él...

SOFÍA No les va a haber pasado nada malo.

VIEL Cálmese. Sin duda las reverberaciones de la nieve les han hecho creer que el día tardaba más en concluir.

LEONARDO A nosotros también se nos hizo de noche de pronto.

VIEL Habrán ido algo más lejos que lo preciso, nada más. Aun nos quedan diez minutos largos.

FERNANDO Sobra tiempo.

MARGA. Eduardo es incapaz de haber cometido una imprudencia.

EMMA Y Laura...

CLARA ¡Lo que es esa!...

DIRECTO. No me pongas más nerviosa, tú.

ANDRÉS Le aseguro que no hay el menor peligro.

VIEL ¡Qué ha de haber!

DIRECTO. Sí, sí, pero... ¡Estoy con el alma en un hilo! Usted comprende mi responsabilidad. Con sólo suponer...

JUANA No será nada, una falsa alarma, ya verá.

AMELIA Lo que es a cenar no llegamos.

MATILDE Estábamos todos tan alegres y tan buenos y ahora...

FERNANDO Debemos seguirlo estando. Cuando lleguen nos vamos todos a reir de esta impaciencia.

CLARA Por lo menos la excursión nos la han enturbiado con este retraso.

DIRECTO. Con esta zozobra...

(Entra la SEÑORA MARTÍN.)

VIEL ¿Qué?

EMMA ¿Se les ve?

SRA. MAR. No se ve nada; he mirado con el anteojo y nada... La noche viene obscura.

VIEL Sin duda no ha mirado usted bien.

SRA. MAR. Sí, sí... Y allá arriba he tenido un miedo, una cosa...

DIRECTO. ¿Pero vió usted algo?

CLARA Diga lo que sea.

SRA. MAR. No... Es que recordé lo que le pasó a la señorita Voisín, la que tenía un pensionado aquí cerca antes de que usted y la señorita Richard vinieran a Ginebra; usted la conoció, señor Viel.

VIEL Sí, la pobre... Cállese.

DIRECTO. No, dígame, dígame.

SRA. MAR. Fué una alumna, que se le...

CLARA ¿Que se le escapó?

SRA. MAR. Peor... Una alumna que se le suicidó. Tuvo la culpa un hombre, como siempre; el hijo de un relojero.

VIEL Cállese, señora Martín. ¿No ve usted? A sus años debiera ser más oportuna. (Las fisonomías han ido ensombreciéndose poco a poco y el vago soplo del terror que circula entre todos contrasta con la alegría de antes. De súbito la Directora se siente mal, lanza un grito y tiene un principio de congoja. Todos la atienden.)

FERNANDO Eter.

VIEL Traiga usted coñac.

SRA. MAR. Voy.

CLARA Frótenle las sienes.

SOFÍA Así.

ANDRÉS Dele a oler ahora.

MARGA. ¡Pobre señora! ¡Qué disgusto!

MATILDE Ya vuelve en sí.

VIEL Hay que ir a buscarlos.

LEONARDO Vamos nosotros.

CLARA Todos.

VIEL En un solo grupo. Den la vuelta al hotel sin alejarse, llamándoles en todas direcciones.

ANDRÉS Sí, vamos, vamos. (Van saliendo por el fondo.)

JUANA ¡Y esos angelitos sin despertar!

VIEL Llévelos ahí dentro; que no vean.

JUANA Sí, señor... Ayúdeme, señora Martín. (La señora Martín y Juana cogen a las niñas y salen.)

DIRECTO. (Entre sollozos.) ¡Esa muchacha... esa pobre niña!

EMMA — Siento una angustia aquí; parece que me avisa el corazón.

VIEL — Vayan con ellos.

MARGA. — Yo solo tuve miedo un instante, me contagiaron. Pero tengo la certeza de que a Eduardo no le ha pasado nada... No podría yo estar tan tranquila.

VIEL — Tiene razón. Esto es una montaña de azúcar y no hay peligro... Vaya usted también. Sola se sosegará más pronto. (A la Directora.) Vamos, sea usted razonable... calma. (Margarita sale. Solo quedan en escena la Directora y el señor Viel, que trata de confortarla. En seguida se oyen los gritos de los que han salido a buscar a los que faltan; Margarita llama a Eduardo, Emma a Laura; algunas voces llaman al señor Pedro, y los gritos se van alejando lentamente hasta extinguirse.)

VIEL — Estoy seguro de que no les ocurre nada; verá usted.

DIRECTO. — Esas voces me dan escalofríos... Me parece algo fúnebre... No olvidaré en mi vida la tarde de hoy.

VIEL — Mientras vuelven, que volverán, ¿puedo tomarme la libertad de darle un consejo de amigo, de colega?

DIRECTO. — Dios le oiga... Ya lo creo. ¡Si no pudiera usted aconsejarme!... Usted no me conoce de hoy...

VIEL — Por eso... Hace poco oí una conversación entre algunas de sus alumnas y mis muchachos. Yo no escucho detrás de las puertas, pero sí detrás de los árboles, cuando se presenta ocasión.

DIRECTO. — Me tiene usted en ascuas.

VIEL. — No es nada grave. Criticaban a la italianita diciendo que... no sé si atreverme; a veces los jóvenes dicen cosas que nosotros mismos...

DIRECTO. — Concluya.

VIEL — Decían que Laura coqueteaba con el ma-

rido de esa señora. La yankée era la más vehemente.

DIRECTO. Eso es una indignidad; esa Clara va a tener que oirme. Le aseguro a usted...

VIEL Yo no digo nada; repito lo que oí, porque creo útil que usted lo sepa.

DIRECTO. Laura es aturdida, pero es incapaz de una incorrección.

VIEL Confiéseme que hace poco tuvo usted también un mal pensamiento.

DIRECTO. ¿Yo?

VIEL Sí; se lo conocí en los ojos; cuando Clara dijo no sé qué de fuga.

DIRECTO. (Confusa.) Sí, es verdad... Pero pasó en seguida. ¡Figúrese si la conoceré! Las conozco a todas como si fueran mis hijas; casi lo son.

VIEL Ni a los hijos se les conoce hasta ese punto, amiga mía. Usted es soltera y no lo sabe; yo tuve dos hijos y... Hay que ser prudentes, muy prudentes.

DIRECTO. Yo lo soy.

VIEL Toda prudencia es poca.

DIRECTO. Veo que me reprocha usted. Es un día de prueba para mí.

VIEL No es reproche.

DIRECTO. ¿Piensa que hago mal en recibir en la pensión visitas de recien casados?

VIEL Si usted me lo permitiese, sí.

DIRECTO. Todas lo hacen; es una costumbre en la que ciframos algo de orgullo; las visitas de las alumnas después de casadas, ha llegado a ser como una prueba del cariño que supimos inculcarles. Todas las directoras las admitimos y nunca ocurrió nada.

VIEL Se están haciendo años y años las cosas mal, sin que pase nada, y un día...

DIRECTO. Aquí estuvo Ivona Poncet hace dos años, sin ir más lejos.

VIEL Entonces la cabecita loca de su colmena tenía dos años menos, y en esa edad dos

años cuentan mucho, hay que hacerse cargo. Además, el marido de esa señora, si no recuerdo mal, era un tipo rechoncho, con lentes.

DIRECTO. Sí.

VIEL Yo tengo mis razones para encontrar mal esas visitas. Los recien casados, son—¿cómo les diré yo?—son el Amor y la Ilusión que llegan de visita y se van despertando deseos y levantando nostalgias. Es ridículo, pero... Ciertas cosas hay que decirlas en lenguaje florido para que no resulten inconvenientes.

DIRECTO. Tiene usted razón. Nunca había pensado en ese peligro, y, sin embargo... Todas las cabecitas de mi colegio se han puesto a soñar; todas han cambiado un poco. Hay días en que me parece que las mayores han dormido mal, o en que unas están alegres, como un poco excitadas, y otras muy serias, pensativas.

VIEL ¿Ve usted?

DIRECTO. ¡Bendito señor! Ha conseguido usted, con esta nueva inquietud, hacerme olvidar un momento mi angustia. ¿Cree usted que puede haberles pasado algo?

VIEL No lo creo. Aquí está la señorita Juana.

(Entran por la izquierda la SEÑORITA JUANA y la SEÑORA MARTÍN.)

JUANA Vienen todos, señora. He oído la voz de Pedro.

SRA. MAR. Vienen muy despacito.

DIRECTO. (Al señor Viel, que la contiene.) Déjeme ir.

JUANA Creo que Fernando ha echado a correr hacia acá.

VIEL Calma, calma.

(Llega FERNANDO, jadeante.)

JUANA Aquí está.

DIRECTO. ¿Pasa algo? No nos lo oculte usted.

VIEL ¿Verdad que no?

FERNANDO No es nada. Ha sido un pequeño accidente, de veras... Se lo juro.

JUANA — Pero...

FERNANDO — La señorita Laura se ha torcido un pie. Sólo eso.

DIRECTO. — ¿No nos engaña?

SRA. MAR. — ¡La pobre!

FERNANDO — Una luxación; una dislocación de nada.

SRA. MAR. — Ya la traen.

VIEL — (A la Directora.) No se mueva usted, tenga serenidad.

DIRECTO. — ¡Señor, señor!...

FERNANDO — (A la señora Martín.) Haga el favor de traer un sillón; la silla larga de mimbres.

SRA. MAR. — En seguida. (La señora Martín sale por la izquierda. Poco a poco, según las indicaciones del diálogo, van llegando por el fondo CLARA, SOFÍA, MATILDE, MARGARITA, AMELIA y LEONARDO. Detrás, casi en brazos de EDUARDO y de ANDRÉS, viene LAURA; el SEÑOR PEDRO y EMMA vienen junto a ellos. Cuando entran, ya la señora Martín ha traído la silla de mimbres.)

CLARA — No ha sido nada.

MATILDE — Fué que perdió pie.

SOFÍA — Dos veces se ha desmayado la pobre.

DIRECTO. — Quiero verla, déjenme.

VIEL — A ver: aquí el sillón.

SRA. MAR. — Ya está.

LEONARDO — Dicen que ni siquiera se quejó cuando entre Eduardo y el señor Pedro le pusieron el hueso en su sitio.

JUANA — Ahora bien se queja. (Entra el grupo.)

ANDRÉS — Paso.

VIEL — Sentadla aquí.

EMMA — Laura, soy yo... ¿Te duele mucho?

EDUARDO — Tranquilícese, señora; es muy doloroso, pero no es grave.

DIRECTO. — (Acudiendo a besar a Laura, a quien han acomodado en el sillón.) ¡Hija mía!... ¿ves, hija? Dime cómo ha sido.

MARGA. — Déjela descansar un poco.

AMELIA — Denle algo para que se reanime.

DIRECTO. — (Al señor Pedro.) Venga usted acá, no se

me esconda. Ya le dije que lo hacía responsable.

PEDRO Si la señora me permite...

LAURA ¡ Ay !... ¡ Ay !...

SOFÍA ¡ Cómo se queja !

EDUARDO El jardinero no tiene la culpa ; en tal caso yo...

PEDRO Los señoritos llegaron conmigo a la cumbre porque la señorita Laura quería que le enseñase un lugar donde hace muchos años ocurrió un... otro accidente. Donde estábamos no hay peligro ninguno, sólo a este lado (Señalando a la derecha.) un talud de ocho o diez metros con nieve en el fondo... Yo lo señalé, lo advertí, pero ella iba delante con el señorito Eduardo, y...

CLARA ¡ Ah !

PEDRO Y de pronto la ví desaparecer... Yo sabía que no había peligro, pero sentí miedo ; una de las pocas veces que he tenido miedo en mi vida, señora... Corrimos, y aquí el señorito, como es más joven, llegó antes.

EDUARDO Desde el borde usted me ayudó con su bastón.

PEDRO Poco fué. Cuando yo llegué, ya usted la había cogido igual que si fuera una muñeca. Estaba desmayada... Luego, entre los dos, le arreglamos el pie y la trajimos en brazos, despacito, más de una legua.

EMMA ¡ Mi pobre Laura !

DIRECTO. ¿ Ve usted ? Yo le tenía advertido.

CLARA (Aparte a Amelia.) Fué ella quien se tiró para que él la sacara.

AMELIA ¡ Oh, Clara !

MARGA. (A Eduardo.) Tú no te lastimaste, ¿ verdad ?

EDUARDO El caso no habría sido sino de risa si Laura no se hubiera dislocado el pie.

JUANA Tiene toda la pierna hinchada, señora.

VIEL Ha sido una imprudencia.

DIRECTO. Lo que es ésta es la última, señor Pedro.

PEDRO Disponga usted, señora Directora. Si ha de despedirme, más vale que me lo diga aquí y así me ahorraré de bajar a la ciudad... Prefiero quedarme a morir entre la nieve a salir de aquel jardín donde juegan las niñas, sabiendo que salgo por última vez.

MARGA. Discúlpelo usted.

SOFÍA Sí...

PEDRO Echarme del colegio es matarme, señora.

DIRECTO. ¡ Bien sabe usted defender su causa ! Más le valiera...

LAURA (Desde su sillón, débilmente.) Señora.

AMELIA La llama. (La Directora acude y habla bajo con Laura y con Emma, que no se ha separado un instante del sillón. Los demás siguen en primer término.)

VIEL Hay que pensar en el regreso.

FERNANDO Lo que es el funicular...

SRA. MAR. Yo mandé al camarero para que hicieran el favor de esperar cinco minutos ; como es el último y no baja ya nadie...

DIRECTO. (Volviendo al señor Pedro.) Le debe usted el perdón a ella. ¡ Si tuviera cabeza como tiene corazón !...

VIEL Vamos a ver cómo arreglamos el viaje.

DIRECTO. ¿Tú podrás ir despacito, nena?

LAURA Sí, tal vez. (Intenta levantarse, ayudada por Emma, pero el dolor la hace dar un grito y cae de nuevo en el sillón.)

EMMA ¡ Mi pobre Laura !

VIEL Imposible, señora ; sería exponerla.

DIRECTO. ¿Qué hacer entonces?

VIEL Si usted me lo permite, yo dispondré todo... Usted y las niñas, toman ahora con nosotros el funicular. Si usted falta a la pensión, se abultaría la cosa, se harían comentarios que siempre perjudican a los colegios... Yo arreglaré el modo de

que pongan un vagón a disposición nuestra, y después, cuando ya haya usted albergado a su rebaño, volvemos con una camilla para trasladarla, sin riesgo, de aquí a la estación... Demos la menos publicidad posible al asunto. Cuento con la discreción de todos. (*Todos asienten. Sofía y Matilde salen por la izquierda.*)

DIRECTO. Pero, ¿cómo se queda aquí esta niña, señor Viel?

SRA. MAR. Yo la atenderé en cuanto haga falta.

VIEL Y usted, señorita Juana, si la directora no ordena otra cosa, se quedará aquí también.

MATILDE Yo le acostaré a las pequeñas.

MARGA. Nosotros también nos quedamos.

VIEL No hace falta; gracias.

MARGA. Sí, nos quedamos. ¡No faltaba más! Nadie nos espera... ¿verdad, Eduardo?

EDUARDO Tú dispones. Si somos útiles, con verdadero gusto.

DIRECTO. (*Dubitativa, al señor Viel.*) ¿Qué le parece a usted?

VIEL Pueden quedarse.

EMMA ¡Y yo, señora, yo!...

VIEL No, señorita Emma; nadie más. Perdóneme, pero no es conveniente. (*A los muchachos.*) Vamos, en marcha.

DIRECTO. ¿Y Sofía y Matilde?

AMELIA Han ido a buscar a las pequeñas.

ANDRÉS Nosotros las llevaremos en brazos de aquí a la estación.

FERNANDO Verán qué buenas niñeras hacemos.

EMMA (*Desde la cabecera de Laura.*) ¡Pschs!

JUANA ¿Qué pasa?

EMMA Se ha quedado dormida; silencio.

EDUARDO (*A Margarita.*) Voy con ellos hasta el funicular; vuelvo en seguida.

DIRECTO. A usted se la dejo, señorita Juana.

JUANA Descuide.

EMMA Dígale que no me dormiré hasta que la lleven.

DIRECTO. No la besamos para no despertarla.
VIEL Ese reposo le hará bien.

(Andrés y Fernando, que han entrado, traen en brazos a las dos pequeñas, y todos van saliendo por el fondo. La señora Martín, la señorita Juana y Margarita quedan con Laura.)

JUANA ¡Qué tarde de angustias!
MARGA. La pobre señora, ¡cómo ha sufrido!...
JUANA Hay que ir preparando unas mantas para que vaya bien abrigada en la camilla.
SRA. MAR. Arriba tengo todo lo necesario. ¿Quiere usted ayudarme, señorita Juana?
JUANA Con mucho gusto.
MARGA. Vayan tranquilas; yo me quedo con ella.
SRA. MAR. Si ocurriera algo no tiene más que darnos una voz.
MARGA. Sí. (La señorita Juana y la señora Martín salen. Margarita se acerca al sillón de Laura y se queda contemplándola un momento. Laura despierta.)
MARGA. ¿Te he despertado?
LAURA No, sentí una sombra encima de los párpados, y eras tú.
MARGA. ¿Te duele aún?
LAURA Sí... ¿Te asustaste pensando que hubiera sido él?
MARGA. Estaba tranquila; tenía el presentimiento.
LAURA Le quieres mucho, ¿verdad?
MARGA. Mucho.
LAURA ¿Mucho, mucho?
MARGA. Figúrate. Es mi deber.
LAURA Yo no podría querer a nadie por deber, sino porque sí.
MARGA. Porque lo quería es mi marido; la cosa es bien sencilla.
LAURA Sencilla como una fórmula, tienes razón.
MARGA. ¡Mira que eres!
LAURA Te has casado con Eduardo como te podías haber casado con otro; pero sin que una pasión te lanzara hacia él, precisamente hacia él. Una cosa es querer y otra es amar... (Quejándose.) ¡Ay... ay!...

MARGA. ¿Te duele?
LAURA Sí; pero no importa.
MARGA. ¿Quieres que llame, que?...
LAURA Quiero que sigamos hablando.
MARGA. Temo fatigarte.
LAURA ¿De modo que lo quieres?...
MARGA. Con toda mi alma, mujer.
LAURA El alma es como la fuerza: hay quien no levanta con las dos manos lo que otro levanta con un dedo. Decir «toda el alma» es poco; hay que saber si es un alma fuerte, volcánica, o un alma burguesa.
MARGA. Yo debo ser de las burguesas, y él está contento, ya ves.
LAURA Y tan burguesa... No hablas de amor, sino de deber. Ya te veo con un manojo de llaves a la cintura, midiendo el vino en la bodega y con seis hijos a la vuelta de seis años.
MARGA. Y no te equivocas... es decir, sí; seis chiquillos son muchos. Pon tres, y de dos en dos años, para que hagan bien la escalera.
LAURA (Incorporándose con ansiedad.) ¿Y... ya?
MARGA. ¡Qué preguntas tienes!
LAURA Dímelo... ¿Sí o no?
MARGA. ¡Que tú ruborices a una mujer casada!... Todavía no.
LAURA ¡Ah!... (Pequeña pausa.)
MARGA. ¡Quién nos iba a decir esta tarde!... Y es que la vida nos va dando sorpresas.
LAURA Tú sabías desde hace mucho tiempo que ibas a ser feliz.
MARGA. ¿Te acuerdas cuando hablábamos de mi boda en la pensión?
LAURA Fuísteis novios desde niños... ¡Dichosa tú que has tenido una familia que iba preparándote la felicidad mientras jugabas a las muñecas!... Tu padre y el de Eduardo han hecho juntos sus negocios.
MARGA. Tienen aún su casa de banca.

LAURA (Irónica.) Y ahora la han puesto un piso más y ascensor, con vuestro matrimonio. ¡Es un encanto de poesía y de sentido práctico!

MARGA. ¿Por qué te burlas?

LAURA (Huraña.) Me duele mucho la pierna y tengo sueño, déjame.

MARGA. ¿No quieres oirme?

LAURA Déjame dormir; haz el favor. (Laura ha cerrado los ojos. Margarita la contempla un instante. Se oye una voz que llega por la puerta de la izquierda: es la señorita Juana que pregunta desde arriba y Margarita se acerca a responderle.)

MARGA. Sí... Acaba de volverse a dormir... Bueno... Podéis concluir con calma; estando yo... (Va de nuevo hacia el sillón de Laura. EDUARDO aparece en el dintel de la puerta del fondo.) ¿Cómo vienes tan pronto?

EDUARDO Me encontré al camarero que volvía, y por no hacer solo el camino... ¿Cómo sigue?

MARGA. Figúrate. Acaba de dormirse. Está nerviosa. Ella que ya necesita de poco...

EDUARDO El caso es para estarlo. Yo me rompí una vez este brazo jugando al «foot ball», y te aseguro que no fuí tan sufrido.

MARGA. La mujeres sabemos aguantar más los dolores.

EDUARDO Estoy cansado. ¿Me dejas fumar?

MARGA. Puede molestar el humo a Laura.

EDUARDO ¡Qué ha de molestarle! Es decir... me figuro que no. Hoy solo he fumado seis cigarrillos; me parece que no abuso. ¿Me dejas?

MARGA. Fuma, hijo... pero siéntate allá. Hoy no hemos podido hablar casi. ¡Tengo unas ganas de que estemos de vuelta!

EDUARDO ¿Ahora sales con eso? Poco que nos mareaste para conseguir que el viaje de novios fuera aquí.

MARGA. Pues tengo que hacerte una confesión:

Estoy tan aburrida de Ginebra como tú. Yo no sé si es que una cambia, porque las cosas no pueden cambiar en tan poco tiempo, pero el caso es que he encontrado todo más... no sé qué menos agradable de lo que pensaba.

EDUARDO Siempre pasa lo mismo. No se debía volver a los sitios de dónde guardamos un buen recuerdo.

MARGA. ¡Hoy la Directora me trató como si yo fuera todavía una chiquilla, y delante de todas! ¡Ya ves qué culpa tenía yo de que vosotros hubiérais ido tan lejos. Además... Yo no soy celosa, tú lo sabes, pero... ¿Sonríes?

EDUARDO Sonrío del *pero*.

MARGA. Sí, chico. Aquí todo son advertencias, como si el matrimonio fuera una feria de arrebata capas, y en cuanto una volviera la cabeza se fuera a quedar sin marido. Se creen que soy tonta y no lo soy; lo que pasa...

EDUARDO ¿Es que te han dicho algo en concreto?

MARGA. No; indirectas, puyas... Clara y Sofía. ¡Como ellas no saben lo seguro que estamos el uno del otro!...

EDUARDO Claro, nenita.

MARGA. Y eso que hoy... Casi estoy descontenta de ti.

EDUARDO ¿De mí?...

MARGA. Sí, señor; otros días aprovechas cualquier ocasión, cualquier descuido, para besarme. Anteayer a poco nos pilla la señorita Juana. ¿Te acuerdas?

EDUARDO Yo creo que nos pilló y que se hizo la tonta.

MARGA. Tal vez... ¿Sigues fumando?

EDUARDO (Tirando el cigarrillo.) Ya está.

MARGA. No es eso solo. Veo que no comprendes las indirectas... De sobra que compren-

des, pero te haces el sueco para que te regale los oídos.

EDUARDO No, de veras.

MARGA. ¡ Eso de que a los dos meses de casada se tenga que mendigar un beso así !

EDUARDO (Levantándose.) Nenita, mira que soy torpe. ¡ Con lo bonita que estás hoy !...

MARGA. ¡ Ven acá, despegado ! (Le abre los brazos. En el momento que Eduardo la va a besar, Laura se rebulle muy intranquila en el sillón. ¡ Cuidado !

EDUARDO Espera.

MARGA. ¡ Qué oportunidad !

EDUARDO ¿ Habrá visto ?

MARGA. Debe de tener frío, ¡ la pobre !

EDUARDO La estufa está medio apagada.

MARGA. Arriba están la señorita Juana y la del hotel. No sé qué hacen que no bajan. Fueron a preparar unas mantas para cuando venga la camilla. Voy por una.

EDUARDO Anda, sí. (Sale Margarita por la izquierda. Durante las dos últimas frases Eduardo estaba de espaldas a Laura; al quedar solo se vuelve hacia ella y la encuentra con los ojos abiertos.) Perdone usted ; la hemos despertado.

LAURA No.

EDUARDO Hablamos demasiado fuerte ; costumbre española.

LAURA No estaba dormida.

EDUARDO ¡ Tenía usted bien cerrados los ojos ! Nos ha expuesto a una indiscreción.

LAURA Los cerré porque no tenía ganas de hablar. Luego, cuando llegó usted, quise ser curiosa y bien castigada fuí.

EDUARDO Vuelva a cerrarlos con confianza.

LAURA Si los he abierto es que ya la charla no me aburre.

EDUARDO Gracias.

LAURA Para dárselas precisamente me alegro de estar sola. No quería que entre mi salvador y yo hubiera figurones que hicieran la escena ridícula.

EDUARDO ¡Oh, su salvador!... Me parece que exagera usted mucho.

LAURA Déjeme que le llame salvador. Hay nombres dulces... (Saboreando las palabras.) ¡Mi salvador!... Ya ve usted: cuando caí con la cara hundida en la nieve, sin ver nada, al sentir las dos manos que me cogían... no pensé ni un segundo siquiera que pudiera ser el señor Pedro.

EDUARDO ¡Oh!...

LAURA Y en medio del dolor, la impresión de sentirme salvada por usted, me era agradable... y casi me olvidaba del sufrimiento. Debí ser más fuerte y no desmayarme.

EDUARDO (Turbado.) Ahora no le duele mucho; dígame... La Directora vendrá con el doctor muy pronto, y entonces...

LAURA Me duele, sí; ¡qué importa! Toda mi vida bendiciré este dolor. ¡Toda la vida! ¡La vida insulsa, que dura y dura, mientras los momentos que valen la pena se escapan sin que podamos evitarlo!

EDUARDO Laura, se excita... tal vez delira usted. Cálmese; trate de dormir. Es usted muy niña y muy buena; sea también obediente.

LAURA Niña y buena... ¡Dichosas las que se oyen llamar otras cosas!

EDUARDO ¿Qué quiere decir?

LAURA Bonita, por ejemplo... Hace poco se lo llamaba usted a quien tiene derecho, a quien cumple el deber de quererlo, bien lo sé... ¡Yo que nunca había sentido envidia de las que eran bonitas, y ahora!...

EDUARDO Usted sabe bien que lo es.

LAURA Ahórrese la cortesía, Eduardo... ¿Me permite usted dos confidencias?

EDUARDO Cálmese, Laura.

LAURA (Sin oirlo.) Anteayer escribía yo en mi diario estas palabras: «¡Ser bonita; más bonita que todas las mujeres; poder dar

en una sola hora lo que ninguna mujer en toda la vida ha dado a ningún hombre !»

EDUARDO Me da al mismo tiempo pena y me...

LAURA (Anhelante.) ¡ Eduardo !

EDUARDO No, me da solo mucha pena oirla. Cállese ya, Laura.

LAURA Le he dicho a usted una sola confidencia ; falta otra aún.

EDUARDO Laura, cabecita...

LAURA (Cortándole la frase.) Cabecita loca, dígalo usted... No es mi cabeza, es mi corazón quien lo está.

EDUARDO Vamos, dígame usted la otra confidencia, pero no se exalte ; ya ve que la escucho.

LAURA La otra confidencia es menos exaltada, como dice usted, pero es más honda : Hice que iba a despertar antes, cuando estaban aquí los dos, porque no quería que delante de mí...

EDUARDO ¿Llora usted? Me da usted un gran disgusto, Laura.

LAURA Es la pierna... suponga usted que es el dolor de la pierna lo que me hace llorar.

EDUARDO ¡ Laura !... Silencio. Me parece que bajan... Cálmese.

LAURA (En voz queda.) Un favor ; uno solo... No diga a nadie que hemos hablado.

EDUARDO ¿A qué ese misterio? ¿A qué?...

LAURA Si algo me quiere, si algo me estima, no lo diga usted.

EDUARDO ¡ Laura ! Yo no puedo ; eso no debe ser.

LAURA Que esta conversación sea algo íntimo y triste, que quede entre nosotros.

EDUARDO (Apremiante.) Ya baja.

LAURA Es lo único que le pido, Eduardo.

EDUARDO ¡ Silencio ! (Laura deja caer la cabeza en el respaldo y cierra los ojos. MARGARITA aparece en la puerta de la izquierda y pregunta :)

MARGA. ¿Se ha despertado?

EDUARDO (Sín mirarla, con voz muy tenue.) NO. (Laura sonríe al oir la respuesta. Margarita avanza de puntillas y se acerca de nuevo para besar a Eduardo; pero Laura, que se incorpora violentamente, lo estorba otra vez. El telón ha comenzado a caer desde la última frase.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

En el mismo "hall" del primer acto. Es media tarde; la hora de la clase de las labores.

(La DIRECTORA habla junto a la puerta del jardín con la SEÑORITA JUANA, mientras que CLARA, AMELIA, MATILDE, SOFÍA, EVA y JULIA cosen o bordan sentadas en sillitas bajas. Hay una sillita vacía, la de Emma, sobre la cual está su cestito de costura.)

DIRECTO. (A la señorita Juana.) Vaya usted a recoger a las pequeñas; yo voy en seguida.

JUANA Está bien, señora. (La señorita Juana sale por el fondo.)

DIRECTO. A ver vosotras si concluís. Ya que hoy va a ser corta la clase, que sea aprovechada; muchas puntadas y pocas palabras.

AMELIA ¿No íbamos todas a adornar la mesa?

DIRECTO. Con que se empiece una hora antes, basta. Además, Margarita y su marido no son invitados extraordinarios.

SOFÍA Como es la última vez que vienen a comer con nosotras...

DIRECTO. De todo habrá tiempo; a concluir. Me acuerdo perfectamente dónde dejo la labor de cada una. Veremos cuál es la menos parlanchina. Ah, en cuanto baje Emma, que está con Laura, que vaya a verme.

CLARA Está bien, señora.

DIRECTO. Ea, a trabajar. (La Directora sale, y en segui-

da Sofía, alzando la cabeza y dejando en paz a la aguja, empieza la charla.)

SOFÍA Estoy de este chaleco... Es mi verdadera camisa de fuerza.

EVA Pués lo que es yo... (La Directora, que acechaba, se asoma e interrumpe la frase. Hay risas sofocadas.)

DIRECTO. Habías de ser tú, Sofía; no puedes negar que eres hija de un orador.

SOFÍA Si fué que...

DIRECTO. Silencio. Quietas las bocas y listas las manos. La que no borde ahora, va a tener que bordar mientras comemos las demás; queda dicho. Habrá que castigaros como a las pequeñas. (Sale. Al oir la amenaza Amelia se aplica a la labor; y durante un momento todas trabajan con ahinco. Poco a poco la actividad se va haciendo menos seria y algunas cabecitas se alzan para ver si la Directora sigue aun expiando.

JULIA Se fué ya.

MATILDE No fiaros.

EVA Mira que hacernos bordar hoy...

SOFÍA Yo quisiera saber quién inventó la aguja.

MATILDE Dichosa Emma, que se ha librado hoy.

CLARA Es que hay privilegiadas en la pensión.

JULIA Se libró porque está cuidando a Laura, que no se encuentra bien.

CLARA Para correr por el jardín y andar siempre de secretitos con el señor Pedro, sí está buena.

SOFÍA Pero si no es del pie; si es que le ha dado hoy una jaqueca.

AMELIA Bastante tiene con no asistir a la comida.

SOFÍA ¡Gracias a Dios que hablas, mujer! (Risas.)

MATILDE Tú le tienes demasiada rabia. ¿Qué es lo que ha pasado entre vosotras?

CLARA Nada.

AMELIA — No se odia a una persona porque sí, y vosotras os odiais; eso se ve.

CLARA — Yo siempre he sido correcta con ella.

SOFÍA — Te la comerías correctamente si te dejaran.

CLARA — Nuestras razas son tan diferentes... A nosotros, que hemos enseñado la democracia al mundo, nos repugnan los favoritismos.

EVA — Hablas como una sufragista.

MATILDE — ¿Favoritismos?

CLARA — Sí; aquí los hay. Yo siempre he tenido que sufrir la predilección de mademoiselle Blanchet por Laura.

SOFÍA — Pues nosotras no nos damos cuenta, hija.

CLARA — El primer año que estuve aquí, mi tío John me había ofrecido regalarme seiscientos dollares y una pianola si ganaba el premio de francés. Yo estudié todo el curso, y luego el premio fué para Laura.

JULIA — Eso ya no es cuestión de razas, sino de inteligencias.

MATILDE — Tiene razón.

CLARA — Inteligencia para el mal. Si supiérais de ella lo que yo, no la defenderíais así.

SOFÍA — Ya te hemos dicho que hablar sin pruebas es calumniar.

CLARA — Algún día podré daros esas pruebas.

(EMMA aparece en el rellano de la escalera.)

JULIA — Psch...

MATILDE — No hablemos más de ella; Emma está ahí.

EMMA — (Desde arriba.) ¿Coseis aún?

SOFÍA — Un discurso entre dos puntadas, ya ves.

AMELIA — (Volviendo a levantar la vista del bordado.) Una especie de sandwich.

EVA — ¿Cómo sigue Laura?

EMMA — No es nada. Dice que le duele mucho la cabeza y no quiere bajar al comedor. Allí se queda hablando con Pedro.

CLARA — ¿Le han llevado ya hoy las flores a Margarita?

EMMA — Precisamente Pedro las va a llevar ahora. Subió con el ramo a darle a Laura un jazmín italiano que se abrió hoy.

CLARA — Todos los días encuentra el jardinero jazmines o *rosas-pretextos* para cuchichear con ella.

EMMA — ¿Es que te molesta también que la quiera el viejecito?

AMELIA — ¡No empezar!

JULIA — ¡Por Dios!

SOFÍA — (A Emma.) La Directora dijo que fueras a verla en cuanto bajaras.

EMMA — ¿Dónde está?

AMELIA — Debe de andar por la cocina.

EMMA — Si lo sé hubiera bajado por la otra escalera. Voy. (Sale por la izquierda.)

MATILDE — ¿Quién tiene una hebra de seda azul?

SOFÍA — Nadie, chica; es el mejor pretexto para no bordar más.

EVA — Silencio.

JULIA — ¿Qué pasa?

EVA — Pasos sigilosos en el jardín.

SOFÍA — Lo que es esta vez no nos pilla. (Todas se afanan sobre sus labores mirando de soslayo al jardín, por donde poco después cruza lentamente el SEÑOR PEDRO con un ramo de flores en la mano.)

MATILDE — Si es el señor Pedro.

SOFÍA — Buen susto nos ha dado.

CLARA — Oiga usted, señor Pedro.

PEDRO — Señoritas...

EVA — Entre.

PEDRO — (Sin querer entrar.) ¿Mandaban algo las señoritas?

CLARA — Que entre usted, le digo, ¿no ha oído? Déjenos ver el ramo que lleva a Margarita hoy.

PEDRO — Volveré en seguida para lo que ustedes gusten mandar. Volveré.

CLARA — Pero deje ver, no huya... Oiga usted, señor Pedro... Espere. (El jardinero ha salido precipitadamente y Clara le sigue. Las demás contemplan desde la puerta la persecución.)

JULIA ¡Cómo corre!

MATILDE ¡Cualquiera dice que tiene ochenta años!

SOFÍA Esa Clara...

EVA Lo ha alcanzado y le quita el ramo.

AMELIA Psch... La Directora. (La DIRECTORA y EMMA entran por la izquierda.)

DIRECTO. Veo que habéis levantado la sesión sin esperarme.

SOFÍA Acabamos de soltar la aguja.

AMELIA Mire usted mi labor si quiere, señora. Estaba aquí.

DIRECTO. Bien; no hace falta. Vamos a recoger y a preparar todo allá dentro. ¿Y Clara?

JULIA Acaba de salir.

EVA Ahora mismo estaba en el jardín hablando con el señor Pedro.

DIRECTO. Tú, Eva, vé a ayudar a la señorita Juana con las pequeñas, y en cuanto estén acostadas reúnete con nosotras en el comedor.

EVA Sí, señora. (A Emma.) Lleva tú mi cestillo y guárdalo.

EMMA Bueno. (Eva sale por el fondo.)

DIRECTO. Eso es, Emma; encárgate de recoger todo aquí, y así ganaremos tiempo; es la división del trabajo de que os he hablado. Vosotras venid. Sin tropel. (Van saliendo por la izquierda. Emma queda agrupando las sillas en el rincón de la escalera y recogiendo los útiles de costura. Casi en seguida llega CLARA por el fondo con aire triunfal.)

CLARA ¿Estás tú sola?

EMMA Han ido a decorar el comedor para la fiesta de esta noche. La Directora preguntó por ti.

CLARA Va a ser una verdadera fiesta; una fiesta con sorpresa final.

EMMA ¿Piensas hacer tú juegos de prestidigitación?...

CLARA Puede que sí.

EMMA A ver si te haces desaparecer el acento inglés al hablar. Sería magnífico.

CLARA Al contrario: en vez de hacer desaparecer nada, voy a hacer aparecer una cosa muy importante para tu gran amiga. Esta noche vamos a quitarnos todas las caretas.

EMMA ¡Ah! ¿Con que tú ibas a diario con careta?... ¡Ya decía yo!

CLARA No me importan los insultos, y a cambio de ellos, para que veas que soy caritativa, quiero que le digas a Laura que he encontrado un *papelito* que le va a curar la jaqueca para siempre.

EMMA No te entiendo, hija.

CLARA Pues esta noche, a pesar de mi acento, todo el mundo va a entenderme bien.

EMMA Se lo escribiremos al tío que iba a regalarte la pianola.

CLARA Pienso ir muy pronto a decírselo personalmente.

EMMA ¡Pobre tío John! (Aparece SOFÍA en la puerta de la izquierda.)

SOFÍA (A Clara.) La Directora te llama, mujer.

CLARA Voy. ¡Esa pobre señorita Blanchet!...

SOFÍA Que vayas pronto. Quieren que el menú sea de tu letra.

CLARA Vamos.

EMMA ¡Ah, no te expongas a perder el barco de New-York por venir a despedirte de mí!... Buen viaje.

CLARA ¡Oh, no! Hemos de vernos antes. ¿Me iba a marchar sin despedirme de nuestra incomparable Laura?

EMMA No le hace falta ninguna.

CLARA Pero a mí sí.

SOFÍA No falta más que os peguéis.

EMMA Por mí...

CLARA ¡Puah!... Vamos, Sofía. (Sale Clara. Sofía mira a Emma, ríe, y sale después. Emma acaba de ordenar el "hall". En seguida entra por la puerta del jardín el SEÑOR PEDRO, muy turbado.)

PEDRO Señorita...

EMMA ¿Qué le pasa, Pedro?

PEDRO Nada. No sé; me ahogo...

EMMA ¿Quiere usted que le traiga algo? ¿Un poquito de vino? Está usted agitado.

PEDRO No, gracias. Si usted quisiera ser tan buena, señorita Emma, me dejaría sentarme aquí un momento. Con un poquito de reposo me pongo tan fuerte...

EMMA Vaya usted a su cuarto; yo lo disculparé con la Directora.

PEDRO Estoy aquí mejor, señorita.

EMMA ¿Aquí?

PEDRO Sí; déjeme unos minutos. Descabezo un sueñecito y... (Emma va hacia la puerta de la izquierda.) Váyase por el jardín, señorita; digo yo.

EMMA Pedro, a usted le pasa algo. ¿Por qué quiere usted quedarse solo? ¿Por qué quiere que me vaya por el jardín? Nunca le he visto como hoy.

PEDRO (Ya sin contenerse.) ¡Téngale usted lástima al pobre viejo! Hoy me echan de aquí... Yo se lo dije a la señorita Laura desde un principio; yo ya no quería, señorita Emma, pero...

EMMA Hable usted claro.

PEDRO A mí me pasa lo que a usted, no puedo negarle nada. La señorita Laura me pediría algo malo, si ella pudiera pedir algo malo, y yo lo haría.

EMMA Eso no es hablar claro. Vamos, contésteme usted para que nos entendamos al fin. ¿Por qué quería usted quedarse aquí solo?

PEDRO Para hablar con la señorita Laura.

EMMA ¿Iba usted a subir otra vez a su cuarto?

PEDRO No, baja ella. Lo teníamos ya convenido, señorita Emma. ¿Ve usted? Sólo tenía que toser así: ¡ején, ején! dos veces: ¡ején, ején!... Entre usted y ella me tienen que salvar, ya que por no sa-

berle decir que no, me voy a ver a mis años en la calle sin techo.

EMMA Pero...

PEDRO ¿Ve usted? Ya está ahí. (LAURA aparece sigilosamente en el rellano de la escalera; al ver a Emma quiere retirarse, pero ya es tarde y baja.)

EMMA ¡Laura!

LAURA ¿Qué haces aquí?... Habla bajo.

PEDRO Señorita Laura, ¡nos han sorprendido!

LAURA ¿Qué dice usted? ¿Ha sido Margarita?

PEDRO No.

LAURA Acabe; mire cómo estoy.

PEDRO La señorita Clara me quitó el ramo en el jardín. Yo me defendí, pero me faltan las fuerzas.

LAURA Y...

PEDRO Y sacó la carta, señorita... ¿Por qué escribió usted hoy? Ya no hacía falta, ya estaba todo arreglado; hubiera podido darle las gracias aquí personalmente. Yo se lo advertí. Había llevado más de diez cartas sin que ocurriese nada, y ahora...

LAURA Cállese.

EMMA No, siga; dígame todo, señor Pedro.

LAURA (Exaltada.) Sí; más de diez cartas, más de doce... Vé tú también a delatarme si quieres. Dime loca, lo estoy, óyelo; más de diez cartas, sin que me haya contestado ninguna.

EMMA ¡Oh, Laura!

LAURA Necesitaba hablarle, aunque sólo fuera una vez: es mi único sueño; hablarle media hora, cinco minutos, uno, y que después concluya todo y pague mi locura... Ayúdame, Emma; ayúdeme usted, señor Pedro, que yo le hable siquiera hoy.

PEDRO Sí, él viene ahora; eso es lo peor.

EMMA Sí; vienen a comer.

PEDRO No; el señorito Eduardo viene ahora, en seguida. Tantas cartas sin contestar,

y hoy se ha decidido así, de pronto... He dejado abierta la verja y vendrá por aquí (Señalando a la izquierda.) para no ser visto. Por eso quería que me dejara usted solo y que se fuera por el jardín, señorita.

EMMA Pero, ¿y Clara?

LAURA ¡Esa Clara!

PEDRO Dijo que la señorita Margarita vendría antes.

EMMA Eso no puede ser... No sé qué tienes tú, Laura, que aturdes, que haces olvidar deberes y peligros... No, no puede ser, no debe ser. Tú no estás en tu juicio. ¡Escribir a un hombre! ¡Y a un hombre casado!

LAURA ¡Le hablaré, le hablaré, le hablaré!

EMMA Si tú no desistes, soy yo quien voy a advertir a la Directora.

LAURA Anda, avisa, imita a la yankee... Si no le hablo me suicidaré. Ya sabes que tengo valor... Vé y acúsame tú, la que dicen que más me quiere.

EMMA Por eso mismo...

PEDRO No, señorita; piense en el pobre viejo.

EMMA Pero si además no podrá ser: Clara estará espiando.

PEDRO Está en el comedor.

LAURA Y sólo serán diez minutos, cinco minutos... Anda, Emma, sí... Yo no te digo que me ayudes, que vayas con Pedro a vigilar, sino que te hagas como que nada sabes...

EMMA ¿Ve usted, Pedro?

LAURA Comprende que tenemos que ponernos de acuerdo para evitar que este viejecito no vaya a ser la víctima. Anda, sí; demuéstrame que eres capaz de sacrificarte por tu pobre Laura.

EMMA ¡Y haber guardado así el secreto conmigo!

PEDRO ¡Señoritas!...

LAURA ¿Eh?
EMMA ¿Qué?
PEDRO Siento pasos.
LAURA ¿Será?
PEDRO Debe de ser.
EMMA ¡Oh, Laura; vámonos, huye!...
LAURA No, no.
PEDRO Voy a traerlo. Salga usted, señorita; es mejor. (El señor Pedro sale por la izquierda.)
EMMA Ven conmigo.
LAURA Te he dicho que no; vete.
EMMA ¿Me juras que serán sólo cinco minutos?
LAURA Sí, vete.
EMMA Yo vigilaré por el jardín. (Emma sale precipitadamente por el fondo, y cuando Laura se vuelve a mirar hacia la izquierda, Eduardo, sonriente, está ya en el dintel de la puerta.)
LAURA Entre... Creí que no se iba a atrever nunca.
EDUARDO Ya ve usted.
LAURA ¿Hay alguien ahí?
EDUARDO (Evasivo.) No, creo que no... Será Pedro.
LAURA ¡Por fin! Tanto desear este momento y ahora...
EDUARDO Todo llega y pasa en la vida.
LAURA ¡Si se pudiera detener el tiempo! (Corta pausa.)
EDUARDO Vamos, hábleme; dígame esas cosas tremendas y graciosas que sin duda tiene pensadas. ¿No habla usted?
LAURA Ya lo tengo aquí, y ahora me da... no miedo, sino... quisiera poder decirle al mismo tiempo todo.
EDUARDO ¡Qué chicuela!
LAURA ¿Ha leído usted todas mis cartas? ¿Sí? ¿Cuántas veces? Las escribía de noche.
EDUARDO Quizás por eso hay algunas tan sombrías.
LAURA No se burle. Estoy harta de que se tomen en broma mis cosas.
EDUARDO Es que las cosas de usted serían trágicas si uno no se decidiera a reir... Escribien-

do es usted terrible; así, de cerca, vuelve a ser la niña, la...

LAURA ¿Y leyó mi carta de ayer?

EDUARDO Todas. La primera por ese poco de curiosidad malsana que hay hasta en las personas mejores; las otras por piedad, por cariño.

LAURA ¡Oh!

EDUARDO Y por deseo de contribuir a que se cure... Usted, Laura, es una enfermita a quien hay que medicar.

LAURA ¿Y ha venido usted a eso? ¡Qué desilusión!

EDUARDO Querría desilusionarla más aún... Su alma está un poco revuelta por los libros indigestados; y hay que darle, verá qué prosaico un purgante espiritual... Tiene usted un vidrio de aumento en esa cabecita y no ve más que héroes, redentores, raptos, ¡qué sé yo! No taconee tan fuerte, aplaque esos nervios y escuche.

LAURA Le pondré un emplasto a mi amor, está bien.

EDUARDO Estaba usted encantada con esta inversión de papeles, ¿eh? Ahí es nada; raptar a un hombre, raptar a un marido... Se ha anticipado lo menos dos siglos, hija mía... Ríase conmigo; que yo no vea esa cara adusta. Su última carta de amenaza me asustó. ¿Hubiera sido capaz de escaparse y de ir a buscarme? Eso no está bien.

LAURA Hubiera sido capaz de todo.

EDUARDO Esa fuga con bombones, con disfraces, con su inevitable viaje a Venecia y su visita final al papá para que lo arreglara todo, ¡que de usted es todo eso, Laura!

LAURA Yo creía que después de lo del Saléve... Estaba en el derecho de pensarlo, y sí, sí... Usted dice todo eso por probarme, Eduardo, ¿verdad?

EDUARDO ¡ Qué chicuela !

LAURA No quiero perder la fe en usted.

EDUARDO La fe, que dicen que salva, es su enemiga. Pierda su fe en las cosas y en los hombres extraordinarios. Aquí tiene el verdadero Eduardo, al que la quiere casi fraternalmente, al que viene a soltar de una vez los pájaros que llenan esa cabecita.

LAURA Ríñame, despréclieme, insúlteme, pero deje ese tono ligero... Yo había pensado en este momento, y ahora todo mi sueño se me deshace. Yo contaba con su cariño.

EDUARDO Y debe contar. Porque la quiero le hablo así... ¡ Qué sería de todos si yo me hubiera puesto al tono de su locura ! ¿Cuál no sería nuestro remordimiento, Laura, si un día nos mirásemos el uno al otro para decirnos : nos hemos equivocado, y detrás de nosotros, por nuestro capricho, hemos dejado rencores y lágrimas?

LAURA Yo no me equivoco.

EDUARDO ¡ Es tan fácil equivocarse cuando la juventud está en toda su fuerza y el alma es una cómplice de la imaginación ! Usted piensa que soy un cobarde ; y hace falta más valor para ahogar una pasión o un deseo que para alimentarlos... Ya ve usted que dejo el tono ligero y le hablo como a una mujer.

LAURA (Con infantil terquedad.) ¡ No, no, si no puede ser !

EDUARDO Y no es usted una mujer, es una niña que ha crecido mientras su alma seguía siendo pequeñita ; como no puede ya jugar con muñecas, quiere jugar con la vida, sin ver el peligro... Y juega con un poco de crueldad ; porque usted, Laura, debe de haber decapitado más de una muñeca y de haberle torcido el cuello a más de un pájaro... Lo que me escribió el domin-

go de Margarita, que tanto la quiere, es cruel.

LAURA Sí, que la hiciera sufrir de una sola vez ahora que era joven y fuerte, y que le ahorrara una vida de pequeños dolores, de pequeñas traiciones, de pequeñas miserias... Si no me quería, Eduardo, ¿por qué siguió leyendo mis cartas?

EDUARDO Ya se lo he dicho. Aquí las traigo para devolvérselas y para rogarle que las rompa.

LAURA Deme. No es usted lo que yo...

EDUARDO Lo que usted se figuraba, ¿no es eso? Siempre le pasará lo mismo. La vida es un rosario de desilusiones, pero las cuentas que se dejan atrás vuelven con el tiempo a encontrarse delante y no las reconocemos, y son ilusiones otra vez... Se figuraba usted que yo era un hombre de novela.

LAURA Creí que era un hombre. Ahora ya sé lo que me queda que hacer.

EDUARDO (Burlón.) Suicidarse, claro.

LAURA Pues sí, eso; me suicidaré como aquella alumna de la señorita Voisin. ¡Qué gusto! Tomaré una dosis de cloral y abriré el gas del baño. ¡Estoy tan aburrida!

EDUARDO Y eso la distraerá...

LAURA No me he echado más de una vez de cabeza al lago no sé por qué... por no asustar a los cisnes.

EDUARDO Es usted encantadora... Hay que quererla a la fuerza.

LAURA Ya lo veo, ya.

EDUARDO Usted ha estado enamorada, lo reconozco, pero no de mí. Oiga usted qué cosa más poética: usted ha estado enamorada del amor. Esta frase no es mía, no se ilusione... Yo sería muy simple si creyera que esas cartas han sido escritas para mí. No las rompa como le dije an-

tes ; con sólo cambiar el nombre volverán a servirle.

LAURA Búrlese, ríase. Pero no crea que voy a matarme por usted, que no lo merece. ¡ Me voy a matar porque sí, porque me da la gana, porque me gusta ! (Solloza nerviosamente.)

EDUARDO No llore, cabecita loca... Antes de matarse tiene que pensar en el pobre viejo a quien ha comprometido.

LAURA ¡ Pobre señor Pedro !

EDUARDO ¿ Ve usted cómo es buena?

LAURA Vienen, ¿oye usted?

EDUARDO No le importe ; quédese aquí.

LAURA ¿ Cómo puede usted estar tranquilo? ¡ Al menos es valiente, como yo pensaba !

EDUARDO Ni eso siquiera, Laura : Otra desilusión... Espérese, cálmese.

(En la puerta del fondo aparecen luchando EMMA y CLARA. Emma quiere cubrir con el cuerpo la entrada, pero, al fin, Clara la arrolla y entran violentamente las dos.)

EMMA ¡ Huye, Laura !... ¡ Huya usted !

CLARA Déjame... ¡ Ah !

EDUARDO Estese quieta.

EMMA Le he querido quitar la carta y no pude.

LAURA ¡ Odiosa espía !

EDUARDO (A Clara, que aun está jadeante por la lucha.) Usted dirá, señorita.

CLARA ¡ Ah, lo que es ahora no me lo pueden negar !... Ahora no se ha dejado usted olvidada la petaca, señor de Villegas.

EDUARDO Usted ha errado la profesión, señorita. ¡ Me río yo de Sherlok Holmes !

CLARA Puede reirse de quien le plazca, pero no de mí ni de esta casa que usted y Laura han profanado.

EDUARDO ¿ Pero habla usted en serio?

LAURA Déjela usted.

CLARA La señora sabrá al fin quienes son ustedes.

EMMA ¡ Clara !...

CLARA El jardinero metido a cartero... ¡ Qué asco !

LAURA No sé por qué te ocupas tanto de mí. A mí nada tuyo me importa.

CLARA A mí lo que me importa es la moral ; esta pensión es mi casa, la de todas nosotras, y tú con tus... coqueterías nos expones a que nos confundan contigo.

EDUARDO ¡ Qué poco generosa es usted !

LAURA Sigue, sigue.

CLARA Pueden creer que aquí somos todas capaces de hacer lo que tú has hecho con Margarita. (A Eduardo.) Y en cuanto a la conducta de usted...

EDUARDO Señorita...

CLARA Sí.

EDUARDO (Interrumpiéndola y abandonando por primera vez el aire burlón.) Cállese... Ahora hablo yo. Ya la hemos oído bastante y estamos maravillados de sus grandes dotes de moralista y de detective. Me obliga usted, con su intransigencia, a descubrir una cosa que quizás sea dolorosa para Laura, pero que ya es precisa. Yo no he venido aquí, como usted, a perderla, sino a salvarla.

CLARA ¡ Qué atrocidad !

EDUARDO He venido a ver si podía curarla de sus infantilismos, y he venido de acuerdo con su mejor amiga. Esta entrevista, que sólo debió ser beneficiosa para Laura, usted la va a hacer un poquito humillante ; sepa usted, señorita Clara, que esta entrevista sólo podía realizarse así. (Yendo a la puerta de la izquierda.) Ven... Sí, ven... Entra, Margarita.

(MARGARITA entra en escena, está cohibida, adolorida : parece que es ella la culpable. Hay un momento de estupefacción.)

EMMA ¡ Oh !...

LAURA ¡ Eduardo !

CLARA ¡Qué pantomima!

MARGA. No debiste obligarnos a esto, Clara. Laura, yo no puedo guardarte rencor.

EDUARDO Ya ve usted. Estaba ahí escondida desde que yo vine. Lo siento por el fracaso de su instinto policíaco.

CLARA Basta, la señora sabrá... *(Sale muy indignada por el fondo.)*

EDUARDO Hasta en eso va a llegar tarde. No se asuste usted, Laura. Al venir hemos mandado una carta a la Directora en la que le explicábamos la verdad del asunto, excepto en lo que al señor Pedro se refiere.

MARGA. El mismo Pedro la llevó.

LAURA Es usted un mal caballero.

EMMA Han hecho bien.

MARGA. Vamos, ven acá.

EDUARDO Un mal caballero, pero un buen amigo: a usted le convenía más esto último. Yo no quería que hiciera usted la locura de salir de aquí y de dar un escándalo. ¿Cree que no luché mucho antes de enterar a Margarita? Por fortuna no me equivoqué acerca de su generosidad. A ella es a quien debe usted dar las gracias.

MARGA. ¡Oh, no!... Vamos, abrázame.

EMMA Abrázala, Laura.

EDUARDO Cuando pase el tiempo me agradecerá usted esta estratagema. Yo quería venir a su llamamiento, pero del único modo digno para usted y para mí.

(La DIRECTORA, seguida de CLARA y del SEÑOR PEDRO, entra por el fondo. Poco a poco, detrás de ellos van llegando MATILDE, SOFÍA, EVA y JULIA, que atienden silenciosamente a la escena.)

DIRECTO. Basta, Clara... Basta, señor Pedro.

CLARA Es la verdad.

PEDRO Señora...

LAURA Yo me iré hoy mismo de la pensión.

MARGA. Oiga usted.

EDUARDO Sí, óiganos.

DIRECTO. Silencio, por Dios. Que nadie se sincere y que nadie acuse. Ruego que no se hable más de eso esta noche. Yo no quiero recoger de este hecho, que tanto me apena, más que la versión mejor, y no quiero juzgar sino de las intenciones para no tener que condenar.

MARGA. Mañana temprano salimos de Ginebra.

DIRECTO. Bien.

EDUARDO Y si en este momento nuestra presencia pudiera serle desagradable o dolorosa...

DIRECTO. No, quédense, oigan...

CLARA ¡Es una vergüenza!

DIRECTO. Cállate, Clara. Si a Laura le ha faltado cordura, a ti te ha faltado generosidad, y al querer hacer la justicia por tu mano has hecho tan mal como el señor Villegas y Margarita que pretendieron solos acusar a Cabecita loca. Yo quiero achacar todo eso a la juventud, y desear que a todos les sirva de lección... A usted más que a nadie, señor Pedro, que por sus años no tiene disculpa.

CLARA Laura ya no es una niña.

DIRECTO. Pero en ella los defectos son por exaltación del temperamento, son de esas cosas que el tiempo calma, mientras que los tuyos son en frío y de esos que no se corrigen nunca.

EDUARDO Usted misma ha dicho que no se hable más de eso esta noche.

DIRECTO. Tiene usted razón. (Volviéndose hacia las discípulas que la escuchan.) Me alegro que hayais venido. ¿Estáis todas?

SOFÍA Falta Amelia.

MATILDE Se quedó en la cocina.

SOFÍA Claro.

DIRECTO. Dichosa ella que tiene esa debilidad tan vulgar y tan fácil de armonizarse con las mejores cualidades... Quiero que sepais que la comida que iba a ser de despedida

solo para Margarita y su marido, lo será también para todas vosotras, hijas.

EVA Señora...

EMMA ¿Qué quiere usted decir?

DIRECTO. Sí, sois ya mayores... No insistais. Hoy mismo escribiré a vuestros padres. El otro día me lo dijo muy atinadamente el señor Viel; sois ya mujeres y la pensión comienza a ser para vosotras una jaula.

SOFÍA No, no.

DIRECTO. Os tendríais que ir muy pronto una a una, y hubiera sufrido por igual al iros perdiendo... Así será la pérdida de una vez, y... (Se enjuga los ojos.) No extrañéis que me emocione: es el primer enjambre que se me dispersa. Yo no había contado con este dolor.

MARGA. ¡Pobre señora!

CLARA (A Laura.) Tú has tenido la culpa.

EMMA (Idem.) No llores, no te desesperes.

MATILDE ¡Qué sola se va a quedar usted!

DIRECTO. Me quedan las pequeñas, que irán creciendo como crecisteis vosotras, y que me volverán a parecer hijas, y un día me dejarán sola también.

EDUARDO Es el destino de su profesión.

DIRECTO. Hasta que un día sea yo la que las deje para siempre. (De súbito Laura se desprende de los brazos de Emma, y sale corriendo por el jardín.)

MARGA. ¿Dónde va?

DIRECTO. ¡Detenedla!

EDUARDO Voy yo. (Sale precipitadamente detrás de Laura.)

MATILDE Corre hacia el estanque.

DIRECTO. No hay peligro.

CLARA Se querrá suicidar en un vaso de agua.

MARGA. Ya la ha alcanzado, ya la trae.

DIRECTO. Y ahora silencio: ni una alusión, ni un reproche, ni la menor burla, tú, Clara.

JULIA Aquí están.

(Entran EDUARDO, LAURA y el SEÑOR PEDRO, que había también salido. Laura se abraza a la Directora.)

LAURA ¡Perdón, señora!... Yo no podía soportar su dolor... ¡Perdón, Margarita! (La abraza también.)

DIRECTO. Cabecita loca, corazón de oro, ¡ojalá que este simulacro de maldad y hasta de tragedia, te sean provechosos en la vida!

LAURA Acaba de suicidarse Cabecita loca; es solo Laura qúien vuelve del jardín. (Una corta pausa, emocionada. AMELIA entra por la izquierda con cara de aflicción.)

MARGA. ¿Qué te pasa?

AMELIA Señora...

DIRECTO. ¿Qué ocurre, mujer?

AMELIA El asado... Se ha quemado el asado. (Todos ríen.)

DIRECTO. Vaya por Dios... ¡Qué importa! Será una comida un poco destartalada la de hoy, como debe comerse en un campamento la noche antes de licenciar las tropas... Vamos al comedor.

MATILDE Vamos.

MARGA. Ven conmigo, Laura.

VARIAS Vamos, vamos.

CLARA (Que desde pocos momentos antes ha estado escribiendo en un cuadernito con su inevitable pluma estilográfica.) Yo no voy, señora.

DIRECTO. Clara... Tú vienes como todas. Me debes obediencia todavía.

CLARA Le ruego que permita al señor Pedro, jardinero y mandadero de esta pensión, que me vaya a expedir este cablegrama.

DIRECTO. A ver.

CLARA Leeré yo misma, yo no tengo secretos. (Leyendo) «Mister Eliers-Canon, Street, Philadelfia. Vengan en seguida burcarme. Imposible resistir costumbres europeas.» (Cae el telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Precio: DOS ptas.